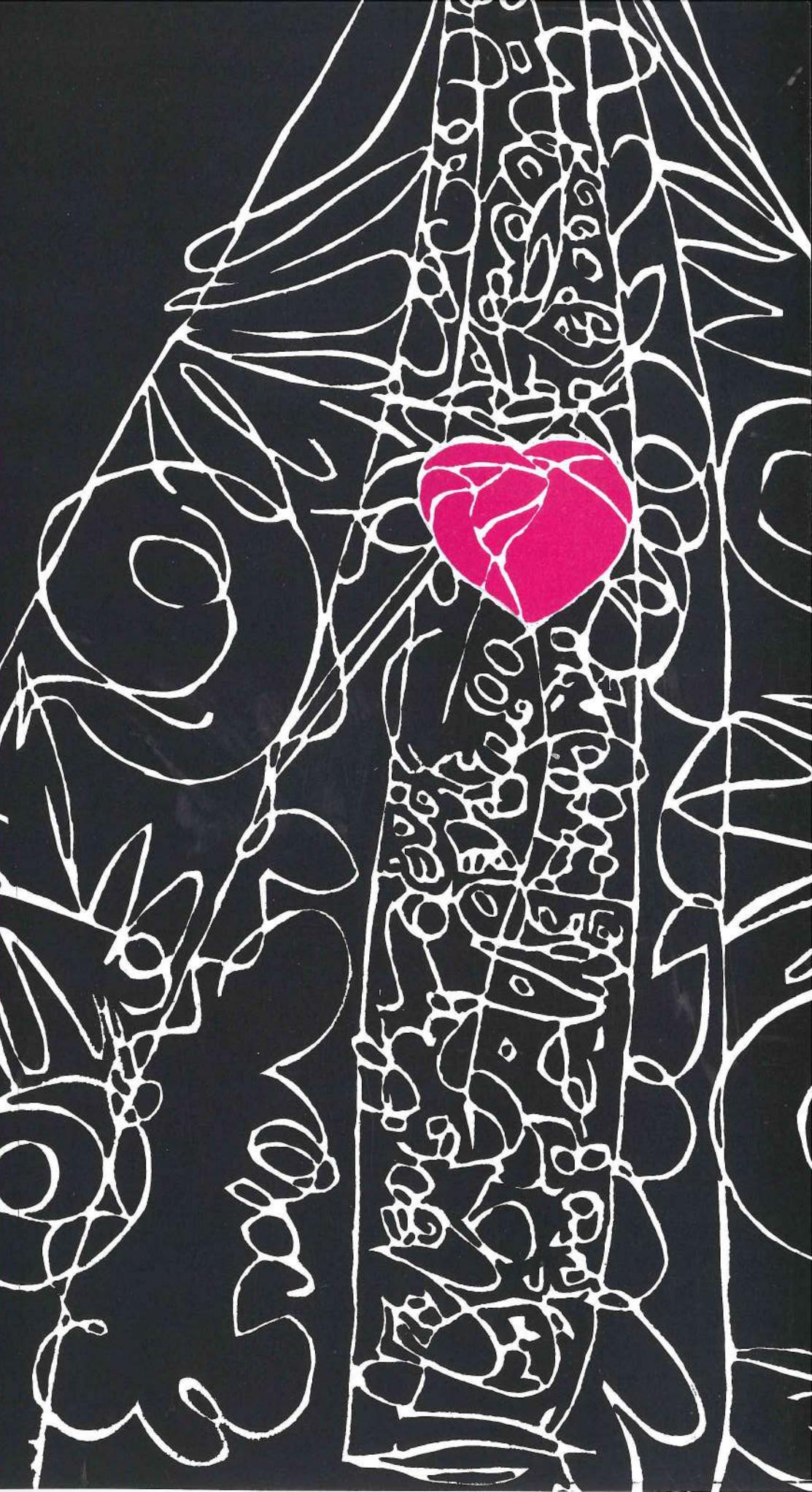


GRANADA  
1990

RECORDE  
SEMANA SANTA



**PREGON DE LA SEMANA SANTA  
DE  
GRANADA 1990**

*Francisco Gómez Montalvo*

Excmos. e Ilmos. Señores.

Real Federación de Hermandades y Cofradías de Semana Santa de Granada.

Bienaventurados Cofrades Granadinos.

Señoras y Señores.

Estoy ante vosotros con el temor y la timidez que genera la inexperiencia en estas lides, de todos conocida.

No tengo a mi favor, más que mi entusiasmo y mi cariño por la Semana Santa, y la suerte de haber vivido dentro de ella desde hace cincuenta años, lo que supone haberle dedicado toda mi vida.

Estas son mis únicas credenciales, abrumado por el peso de la responsabilidad contraída, ya que conozco la grandeza de este acto.

Después de este preámbulo, quiero ser agradecido.

En primer lugar, mi agradecimiento a la Junta de Gobierno de esta Real Federación, que en un gesto de confianza extrema, generosidad y, me atrevería a decir, hasta de valentía, me ha designado para este pregón.

Mi gratitud a la gran familia cofrade, tan querida por mí, que nos acompaña en este acto.

Y finalmente, cumpliendo con un dictado del corazón más que por simple cortesía, tengo que expresar mi más sincera y cariñosa gratitud a Don José Miguel Castillo Higuera, tanto a nivel personal, como en la representación en que ha acudido a este acto, en su calidad de Concejal de Cultura y de Relaciones Institucionales del Excmo. Ayuntamiento de Granada, por sus palabras nacidas del afecto, con que ha exagerado méritos y virtudes hacia mi persona.

De su gestión en la Corporación Municipal, es prueba palpable, la exquisita calidad que preside todas las celebraciones y actos que organiza, que es fiel reflejo de la mucha personal que él tiene.

Pero me limitaré a decir, por lo que a nuestra Semana Santa se refiere, que es un verdadero delegado permanente de la Real Federación de Hermandades y Cofradías en el Excmo. Ayuntamiento de la ciudad.

Y de ello puede dar fé. Durante mi dilatado mandato como Presidente de dicho Organismo, José Miguel me ayudó enormemente a engrandecer nuestra Semana Mayor, y, lo que es más importante, rodeado de un clima que, en principio, no le era propicio.

Pero al fin, sus largos y constantes parlamentos con sus compañeros de Corporación dieron el fruto deseado, y el Ayuntamiento de Granada, con la colaboración inestimable de su Alcalde Antonio Jara, se volcó en ayudas de todo tipo a las Hermandades.

Gracias, José Miguel, en nombre de la Semana Santa Granadina!

Agradecimiento que ya te mostré públicamente, en aquel inolvidable momento, en que nuestro Alcalde me entregó la Granada de Oro de la ciudad, aquella feliz tarde en que el Padre Benítez Carrasco pronunció su delicioso pregón.

Ahora, en este instante, reunidos en este suntuoso Teatro Municipal, delante de los cofradieros granadinos, he de decirte que ya formas parte del alma, del tesón y del espíritu de las Hermandades y Cofradías de esta ciudad, a la que tanto quieres, y que eres, sin duda, la voluntad de la Corporación Municipal, en hacer perdurar nuestras antiguas y venerables tradiciones, que son parte esencial de la mejor historia de la ciudad.

He de proclamar a los cuatro vientos, que eres un granadino "de pro" y que tienes llena el alma de esa luz singular, íntima de Granada, que es brillo de nieve y verdor romántico de jardines misteriosos. Y que, en esta época, cuando inicias los días de tu madurez, significas el encuentro de la Granada antigua con la moderna, y eres el símbolo de una perpetuación, un eslabón más, fervientemente apasionado, de la infinita cadena de armonías que son en nuestra ciudad, la historia, la tradición y la belleza.

Una vez mostrado mi agradecimiento, permitidme que ofrezca mis palabras.

A ti Granada, reina de la primavera.

A vosotros, cofrades granadinos, amigos del alma, que me vais a escuchar y que estáis aquí para prestarme vuestro aliento y vuestra presencia.

A Ti, Virgen de las Angustias, Patrona y Soberana de esta bendita tierra, Reina de mis sueños, que eres la verdadera protagonista de este acto.

A ti, que me diste el ser y me enseñaste a ser cristiano y cofrade, que hoy no me puede acompañar por estar enferma.

A ti, Pili, compañera de mi vida y camarera del amor cofrade de nuestros hijos.

A vosotros, Macarena y Curro, que sois la ilusión de mi vida.

A Ti, mi amada Virgen de las Penas en el recuerdo de tu Soledad.

A Ti, Jesús de la Paciencia, Señor de mis acendrados fervores, tan lleno siempre de Humildad.

A vosotros mis hermanos de todas aquellas Cofradías y Hermandades a que tengo el honor de pertenecer.

Os dedico este Pregón, como sincero tributo de admiración y cariño, en prueba de agradecimiento y en testimonio de amor.

Cumplido trámite tan obligado como grato, paso al tema que aquí nos tiene reunidos.

Pregonar la Semana Santa de Granada es un privilegio innegable, el máximo honor a que podemos aspirar en nuestra vida cofrade, pero también es un tremendo desafío.

No sería sincero, como siempre lo fui con vosotros, si os dijera que no me agrada esta gratísima misión que me ha sido encomendada. Antes al contrario, para una persona como yo, que llevo inmerso en el mundo de la Semana Santa medio siglo, y que actualmente, por exigencias de mi familia, de mi trabajo profesional, y, por qué no decirlo, de mi salud, me encuentro apartado del mismo, es un verdadero placer encontrarme de nuevo entre mis hermanos de las cofradías de Granada, a los que tanto cariño profeso.

En verdad, me encuentro como pez en el agua, pero también he de confesaros que, cuando conocí la noticia de mi nombramiento, pasé días, verdaderamente malos, de nerviosismo, de dudas, de insomnio, ante tal responsabilidad.

Una mañana, a primera hora, ante tal estado que me tenía rotos los nervios, acudí, como en otras ocasiones en que me rondaban otras preocupaciones, a visitar a la Señora de Granada en su casa de la Carrera, en petición de ayuda.

Y estando postrado ante Ella, de pronto, tuve una visión sobrenatural. La Virgen de las Angustias cruzaba su mirada con la mía y acudía en mi ayuda.

Acompañado de Ella, de su mano, como en volandas, me encontré de repente en el Cielo, rodeado de una cohorte de inolvidables cofrades, que ya tienen la dicha de estar censados en tan celestial lugar.

Y como no, su entusiasmo y fervor cofrade les había llevado a intentar organizar allí una singular Semana Santa.

Allí estaban todos aquellos extraordinarios hermanos, que se fueron, después de haber dedicado su vida al mayor esplendor de nuestra Semana Mayor celebrando un cabildo celestial, que, verdaderamente, era un diálogo de amores.

Allí estaba el primer Presidente de la Federación, Don Joé Cassinello Núñez, reunido con una excepcional Junta de Gobierno que habían formado, integrada por otros Ex-Presidentes de tanta calidad como el diplomático Don Vicente Ivañez Alonso; aquel gran señor, verdadero mecenas de la Semana Santa, que fue Don Miguel García Battle, acompañado de su sobrino predilecto, el inolvidable Don José Gómez Sánchez-Reina, que lo fue todo en ella, Presidente de Honor, cofrade de oro, poeta sin igual, y tantas otras cosas en que fue Maestro de maestros; Don Santiago Valenzuela Suárez, paladín de la Cofradía Decana; Don Ramón Contreras Pérez de Herrasti, aquel noble señor del Barrio de la Magdalena, tan lleno de fervor y entusiasmo hacia sus Titulares; Don Félix Infante Vilchez, el fundador con don Miguel García-Battle y los hermanos Gómez Sánchez-Reina de la Cofradía Escolapia; y como no, el profesor Don Eladio de Lapresa Molina, Archivero durante tantos años de la Real Chancillería, tantos como los que presidió la Federación; y ejerciendo de Secretario, el tantas veces recordado Don Narciso de la Fuente y Ruiz, gran valedor de la Cofradía de Santa Paula, del que aún circulan por el mundo cofrade las mejores y más cariñosas anécdotas, uno de los mejores secretarios que han existido en la historia de la Corporación. El que lo dude, que examine los libros de Actas. Y en lugar de honor, presidiendo, Monseñor Fernández Arcoya, aquel inolvidable Rector de la Basílica de las Angustias, que tanto ayudó a nuestras conmemoraciones.

Y entre los asistentes a tan singular Cabildo, no podían faltar el célebre Don Fermín Garrido, gloria de la Medicina española, primer Hermano Mayor del Santo Sepulcro, acompañado del Marqués de Santa Casilda, Don Rafael Jiménez Romero; Don Diego Garzón Martínez, con quien estuve hablando, horas antes de su desgraciado accidente, sobre la fundación de su anhelada Hermandad de la Virgen de los Toreros, que tenía en mente, y Don Alfonso Montero Molina, aquél ser, tan querido para mi, cofrade de oro, que presumía con orgullo de no haber mentido en su vida, ¡y eso lo puedo atestiguar con creces!, por el Silencio; Don Antonio Rivas Anías, aquel gran hombre pequeño de cuerpo, pero grande en hombría de bien, con un fervor cofradiero y un empuje incontenibles, Don Miguel Heredia Flores y Don Ricardo Alamego Escribano, por la Cofradía Decana; aquel buen hombre, modesto, pero lleno de ideales y de religiosidad que fue Don Antonio González Ortiz, por los Dolores; uno de los fundadores de la Cofradía del Cristo del Consuelo Don José Estévez Toro; Don Marcelo Salmerón Fernández y Don Fernando Grindley Ballesteros, por la Soledad de Santa Paula; Don Moisés Linares Martín, Don Juan Portal Jiménez y Don Antonio Berbel Linares, por la Aurora; Don Francisco Tamayo Cabrera y Don Antonio Martín Valle, que firmaron conmigo los Estatutos fundacionales de Paciencia y Penas; Don Antonio Macía García y su sobrino Don José Luis Macía Valdivieso, por el Huerto de los Olivos; Don Antonio Ocaña Martín, el popular "Sota" del Barrio del Realejo, Don Agustín Suárez Méndez, Don Antonio Megías Fajardo, Don Juan Barrales Méndez y Don Rafael García Tejeda, por "la Cañilla"; y, Santa María de la Alhambra, como siempre, con una nutrida representación de personas inolvidables para la historia de la misma, presidida por su primer Hermano Mayor, el Notario Don Felipe Campos de los Reyes, acompañado de personas entrañables para mí como fueron Don Ricardo Martín Campos, Don Juan Alonso Roda, y el popular "Rey del chopo", Don Diego Liñán Nieves, así como de los fundadores de la Hermandad, Don Luis de Vicente Mercado, Don Antonio Herrera Lamolda, Don Pedro Rodríguez Quero y Don José Rodríguez Santos, sin que faltara en tan celestial lugar, en aquellos momentos, la crítica constructiva, llena de gracejo por arrobos, de Don Miguel Rosales Camacho.

Fijaros si había gente preparada y de talla para organizar una magna y celestial estación penitencial, que transformaría aquellos días el Paraíso en un revuelo de fervores, de locuras y de amores.

Pero había surgido un problema difícil de solucionar, que los tenía reunidos largas horas: cada uno de ellos quería procesionar a la Advocación de sus devociones y no se ponían de acuerdo.

Nuestra llegada fue providencial! En aquel momento las dudas se acabaron. Todos, absolutamente todos, en total unanimidad de fervores, acordaron elevar a la Santísima Virgen de las Angustias a la peana de gloria y unieron sus afanes para que aquella procesión no tuviera parangón!

Comenzaron inmediatamente los preparativos, y allí no podía faltar aquella gran señora de las flores que fue Ana, de quién, como vosotros, conozco sobradamente sus apellidos, pero sólo la llamo por su nombre, en señal del cariño que todos le teníamos, que se dispuso a confeccionar los mejores centros que jamás se habían hecho para una Virgen.

Allí estaba Antonio Padilla montando el paso, ayudado por su "tocayo" Valdivieso.

Allí estaban, para colocar en la candelera la mejor cera virgen de las colmenas celestiales, aquellos modestos cereros, que tanto ayudaron a las Hermandades en tiempos difíciles, Santaella y Pedro Rivero.

Allí estaba para colocar el manto de la Virgen aquella señora tan amable que, en estos instantes no recuerdo su nombre, que en su taller de la plaza del Humilladero vistió por primera vez de hermano a arntenares de cofrades granadinos.

Allí estaban, igualmente dispuestas a colocar bien el fajín de su generalato y las alhajas en su delicado pecherín, Trinidad Morcillo e Isabel Garcés, profesoras que fueron de la Escuela de Artes y Oficios y artífices de los mejores bordados que jamás se han hecho.

Allí estaban, también, los orfebres Antonio Salazar y Antonio Vilchez, dispuestos a reparar cualquier deterioro en la corona o en los respiraderos.

Allí estaban de asesores, los artistas Espinosa Cuadros, Benito Barbero, Navas Parejo, López Azaustre, Sánchez Mesa y su primo Jiménez Mesa, por decir los más recientes.

Allí estaba Don José Villarejo Guerrero, el Decano eterno, loco de alegría por la visita de su amada Señora.

Allí estaba el Maestro Don Francisco Alonso, tan ligado a la Cofradía de la Humildad, acompañado de Don Francisco Gálvez Gómez, conocido para la posteridad como "Frasquito Yerbabuena", que momentos antes, en las puertas del Cielo, habían estado recibiendo a ese artista, sin igual, de la guitarra, que se nos ha ido recientemente, Don Manuel Cano Tamayo, cantándole:

*Música por granáinas  
ollendo a clavel y albahaca,  
con tesoros de alegría  
y rumor de brisa y agua.*

Y allí estaban, dispuestos a acompañar a Nuestra Señora, en representación de la Iglesia, los recordados Pastores de Granada, que tanto colaboraron con nuestra Semana Santa, hasta hacerla suya, Don José Meseguer y Costa, Don Vicente Casanova y Marzol, el Cardenal Don Agustín Parrado y García, Don Balbino Santos Oliveras y Don Rafael García y García de Castro, acompañados de Párrocos y Consiliarios, también de inolvidable recuerdo, como el de San Andrés, Don Paulino Cobo González, entrañable sacerdote que, andando el tiempo, fue Vicario General; el de la Magdalena, Don Manuel Hurtado, después Obispo de Tarazona; el de Santa Escolástica, Don José Alonso López, que, en unión de su hermano Francisco, tanto ayudó a la Humildad; el de San Matías, aquel virtuoso Don Julio Aneas Martín, sacromontano, castizo donde los haya y cofradiero "de pro", que tanto colaboró a la fundación de su Hermandad de Paciencia y Penas; el de la Alhambra, Don Emilio Villatoro Bocanegra; y los Rectores de los Colegios del Sacromonte y Padres Escolapios, los recordados Padres José Jiménez Casquet y Rogerio López de Juana.

Allí estaban multitud de personas, algunas de las cuales, sin duda, se me habrá olvidado citar, por lo que pido que, a la mayoría de ellas, ésta no le había manifestado reconocimiento alguno. Esto es normal en Granada!

Nuestra Señora así me lo indicó. Irrogándome facultades que nadie me había dado, intenté, en momento tan excepcional, arreglar tal olvido, pero recapacité y desistí de ello, considerando que la visita que habían recibido de Ella, eran las más gratificantes gracias que jamás hubieran pensado recibir.

Pero, en aquellos momentos celestiales, me dí cuenta de las innumerables personas que habían hecho y hacen Semana Santa en Granada.

Y a mi mente vino inmediatamente el recuerdo de cofrades de pro, que han dedicado y dedican su tiempo a engrandecer nuestras celebraciones pasionales: Don Francisco Carrasco Jaimez, que lo fue todo en los Favores, que tiene tanta confianza con su Virgen de la Misericordia, que le pidió prestado el San Juan, que le acompañaba en su paso, para no estar solo en su retiro del Barrio de la Cruz; Don Miguel López Escribano, Ex-Presidente de la Federación y Hermano Mayor de las Maravillas, que de una manera total acude en ayuda de quien le solicita su consejo artístico y de todo tipo, para el mayor esplendor de los desfiles procesionales, poniendo en ello todo su saber y voluntad, llegando a veces, si es necesario, a hacer uso de sus conocimientos matemáticos; Don Antonio Ruiz Castillo, Don Joaquín Melgar Porcel y Don Antonio Pimentel Yáñez, árbitros de la elegancia y saber en vestir imágenes; Don Manuel Ocón Rojas, que inunda de exquisitez y calidad donde pone la mano, colaborando con todas las Hermandades; Don Francisco Muros, Don Luis González Rodríguez y Don Enrique Megías García, que prestan sus conocimientos, calidad y arte, a todo aquél que de ellos lo solicita; Don Rafael Moreno Romera y su familia, a los que tanto tienen que agradecer las Cofradías granadinas por su arte y colaboración, Don Enrique Seijas Muñoz, Don Juan Manuel Ortiz López y Don Eduardo García Román, que ponen su entusiasmo y labor informativa a disposición de las Hermandades; y tantos otros, que con su fervor y dedicación hacen Semana Santa.

¿Acaso fui en mi devenir demasiado lejos? Perdonadme, pero no quería que quedaran en el olvido dichas personas que deberán figurar en el Libro de Oro de la Semana Santa Granadina, junto a los nombres de los que ya gozan de la tranquilidad eterna.

A todos ellos, a su recuerdo, dedico este acto.

Pero antes de comenzar, tengo que dar unas gracias especiales!

¡Gracias por tu ayuda, Señora de las Angustias, Reina y Soberana de Granada! Este es mi pregón del que Tú

eres principal protagonista

¡¡Va por Ti, Señora!!

Y ayúdame en mi faena, para que, ésta, levante los mejores clamores de espiritualidad en tus queridos hijos granadinos.

No os he contado el final de mi feliz sueño. El recuerdo a tan queridos cofrades, ausentes y presentes, ha dado lugar al olvido.

Ya estaba todo preparado allí en el Cielo para iniciar la magna estación celestial. Ansiaba asistir a ella, cuando desde arriba, muy arriba, donde me encontraba, a distancias astrales, empecé a oír el repiqueteo constante de las campanas de Granada. La luna de la Parasceve lucía esplendorosa en el atril de la ciudad y se iba a iniciar la santa evocación.

Y pensé, que muy pronto, Granada, en esas noches de los días de Pasión, deberá parecer, desde arriba, un maravilloso paso procesional bellamente iluminado por el centelleo de las candeleras al viento, engarzado en ese reino de belleza que es la ciudad.

Porque Granada vive como ningún otro lugar los días de Pasión. Casi puede decirse que son estos días más suyos que los otros. El drama de la Redención constituye un singular patrimonio en esta ciudad, en que hemos tenido la suerte de nacer, tan nuestro, que lo interpreta a su modo y le reza de manera peculiar. Y en la entraña de lo que nos conmueve y nos asombra, palpita la profunda verdad, y surge angustiada la plegaria sincera del pueblo fiel, ante esa sinrazón que llevará a la cumbre del Calvario "al mejor de los nacíos".

Y en estos días, en que baja a las calles granadinas todo el oro que en los cielos clausura la blancura de la luna de Nissam, yo sé que el leño se hizo Carne, y aún más, Carne Divina, allá por el bajo Albayzín, en un Cristo que derrama Misericordia. Y también sé, que un rayo de sol pide perdón a la frente del Cristo del Consuelo, ante su Abadía Sacromontana, por entreabrir el día de su martirio. Que existen unos momentos indescriptibles ante el Cristo de los Favores y nuestra Señora en su Soledad, a las tres de la tarde, a las tres en punto de la tarde, del Viernes Santo, en el bellissimo Campo del Príncipe, donde el silencio se oye, como bien dijo en su pregón mi querido Enrique Seijas. Que en el Sacromonte gitano las llamas se adelgazan y alargan obedeciendo a vientos que nadie siente, mientras en la colina opuesta, los hermanos de la Alhambra, revestidos de azul cielo, prestan su esfuerzo a la ascensión hasta el Palacio Nazarí de María en sus Angustias, de Ruiz del Peral.

Y también soy consciente de que todo ello no es más que un profundo repertorio de fervores. Esta es la explicación simple de su existencia.

Con nuestras estaciones penitenciales, con nuestras singularidades, con nuestras prácticas piadosas enraizadas en las fechas más santas del año, el granadino afirma su fé en la Divinidad encarnada, en la realidad humana del Verbo, con el sublime martirio de Cristo, venido a la tierra para nuestra salvación. Y el granadino, al exteriorizar sus creencias, sus fervores, haciéndolos, a veces, ostentosos, busca la asistencia pública de todos, pretende algo tan bello y noble como la plena concurrencia de todo el pueblo fiel, que trascienda de la íntima unanimidad de las conciencias. Sale gallardamente al paso, algunas veces hasta valiente, de aquellos que nos quisieran callados, recogidos en los más recónditos rincones, casi vergonzantes de nuestra firmeza y de nuestras convicciones. Como si los soles y las lunas, los vientos, las aguas y la tierra, toda la hermosura del mundo que Dios creó para nuestro goce, estuvieran proscritas a las limpias exaltaciones, al orgullo de sabernos hijos suyos rescatados al más alto precio, a la rotunda expresión de sentirnos poseedores del patrimonio más valioso.

Y demostramos nuestra especial condición de cristianos echando nuestros pasos a la calle, al ceñirnos nuestro hábito penitencial. Tenemos una propia y singular manera de entender y celebrar el beneficio de las verdades recibidas, y no hay en una soja de las infinitas maneras de conmemorar el sacrificio del Señor, nada que roce ni desvirtúe la fidelidad al divino legado que a todos se nos hizo.

Ponemos a los pies de nuestro Señor, en todos los instantes de su Pasión redentora, aquello que entendemos más digno de ofrenda. Granada, en esos días santos que se nos avecinan, espuma sus costumbres, aquilata sus sentimientos y extrema sus actitudes. No importa que se entienda este tributo como un holocausto de colores, luces, flores, aromas y saetas. Tampoco importa que, a veces, se utilicen para dicho homenaje piadosos silencios,

oscuridades y sobriedades. A todos nos mueve un mismo deseo. Sobre la ceniza que empavona las brasas de nuestra fé, sopla, al llegar los días de la Pasión, el viento poderoso que las reaviva, el recuerdo de la entrega sin medida que El nos hizo, ofreciéndose al Padre como Hijo del hombre.

Y Cristo, que está permanentemente junto a nosotros, lo está aún más en los días santos de su Pasión, y pide nuestro dolor para unirlo al suyo. Pregunta por tu cruz y por tus llagas, por el Calvario que juntos hemos de recorrer. Se echa a la calle en esos Misterios para algo infinitamente más importante y profundo que nuestra curiosidad. Te pide nazareno también, reo inocente, compañero en el trance de la imputación falsa, el castigo inmerecido, el encuentro doloroso y el abatimiento, tres veces, inevitable. Pide la soledad del Gólgota y las tres horas de la agonía. Y no seremos glorificados con Cristo sin que antes padezcamos con El.

Granada, tierra de fé, que se alza al Cielo desde la monumentalidad de sus templos, tiene todos los elementos necesarios para que su Semana Santa sea única: profundo sentimiento religioso, verdaderos tesoros de imaginé-ria, representados por tallas que parecen nacidas de una gubia con plena inspiración divina, y sobre todo, el ambiente, el escenario incomparable de sus calles albaicineras y el carácter recoleto de sus barrios antiguos de la Magdalena, Realejo, Elvira y San Matías, la gracia de sus jardines, la majestad incomparable de la Alhambra, y el palio de un cielo, tan limpio y tan azul, que bajo él todo se engrandece.

Y consciente de todo ello, continúo mi caminar pregonero.

Como os decía, ya estaba a punto de celebrarse en el Cielo la singular estación penitencial, y yo, encantado de poder presenciarla, cuando, de repente, Granada me reclama para su Pregón. No tengo más remedio que bajar a la ciudad, y San Pedro no quiere que lo haga solo. Decide que me acompañen los Evangelistas para facilitar mi labor, erigiéndose en verdaderos guías de mi pregón. Menudos guías, así, cualquiera!

Acompañado de ellos, después de despedirme de la Señora, que me promete volver a su Camarín de la Carrera, inmediatamente que termine la celestial celebración, bajamos de las alturas, llenas de eternidad, a la realidad de nuestra Semana Mayor.

Ya mismo, seguidamente, acompañados de los cuatro Evangelistas, ni vosotros ni yo, no nos vamos a perder ni una, como dicen los castizos, de las ventiocho Hermandades que cubren de santidad y gloria las calles de Granada, transformando la ciudad en un jardín de belleza.

De ellas, paso a hablar.

¡Con vuestra venia, cofrades de Granada!

Presurosos, entramos en la ciudad por su puerta principal, la de Elvira, que nos brinda su majestuosidad. Y ante ella, San Juan comienza a relatarnos:

**"Tomaron ramos de palmera y salieron a su encuentro gritando: ¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor y el Rey de Israel!"**

**"Entretanto los fariseos se decían: Ya veis que no adelantamos nada. Ya veis que todo el mundo se va en pos de El".**

*(Evangelio según San Juan, Cap. 12, Vers. 13 y 19)*

Y en efecto así ocurre. El pueblo sigue tras Jesús, para iniciar el fervor de siete días, en esta primera estación de la Semana Santa Granadina.

La Cofradía de la Entrada de Jesús en Jerusalén y Nuestra Señora de la Paz se dispone a iniciar el relato de la Pasión de Cristo, cuando en la tarde del Domingo de Ramos se oyen las campanadas de la hora lorquiana de las cinco de la tarde.

Momentos antes, la Real Cofradía de Santa María de la Alhambra ha cumplido, ante la puerta de la Parroquial de San Andrés, el delicado acto protocolario de entregar a esta Hermandad, la llave que abre simbólicamente el inicio de nuestras celebraciones pasionales. Y cuando la delicada llave forjada gire y chirríen los goznes de la pesada puerta del Templo, la Cofradía iniciará su alegre caminar al corazón de Granada.

Nos encontramos con la gran apoteosis de la triunfal Entrada de Jesús en Jerusalén, síntesis del fervor y entu-

siasmo que la doctrina del Maestro había despertado en tres años de predicación al pueblo hebreo.

Granada enciende bengalas en sus viejas murallas de la Alhacaba y Monaita, se derrama en alfombra por el suelo y se prepara para recibir al Dios de Abraham, de Isaac, de Jacob..., de todos. Va a llegar el Rey de Reyes con todo su inmenso corazón lleno de salmos.

El azul de los capillos y singulos de los pequeños hermanos de la Cofradía se confundirá con el azul immaculado del cielo, para servir de fondo a esa imagen tan sencilla como humanamente atractiva, de Jesús sentado en la borriquilla, mientras ésta con sus retozos hace reír al Rey del Mundo.

Este paso, de Espinosa Cuadros, es sin duda, el más ingenuo por su composición de cuantos forman nuestra Semana Santa, puesto que no tiene la hondura religiosa de los demás, ni el patetismo ni el dolor de los que le sucederán.

Es tarde de alegría, es tarde triunfal! Casi siempre es tarde del sol. Y siempre, indefectiblemente, los jóvenes corazones vibran de emoción y contento porque el Señor un año más, en Domingo de Ramos, ha hecho su entrada triunfal en Granada, llenando de palmas, de ramos de olivo, de alegría infantil y de segura esperanza la centenaria calle de Elvira.

Los numerosos niños que, vestidos a la usanza hebrea, le acompañan, con su transparente inocencia y con sus ilusiones recién estrenadas, no comprenderán que este día triunfal de "Hosannas", de palmas y olivos, de alegría infinita, mañana se transformará en días de dolor y luto. Y asistirán asombrados durante los días restantes de la semana al caminar de Cristo, dentro de nuestras Hermandades, tan lleno de dolor y sacrificio, durante la semana de Pasión, que culminará para todos, y especialmente para estos chavalines, con el Domingo de Resurrección, en que se transformarán en "facundillos" para acompañar a la bella imagen del Niño Jesús, de Torcuato Ruiz del Peral, en su advocación del Dulce Nombre, en su singular desfile por su Barrio del Realejo.

Y hablando de este personaje tan ligado a las Hermandades como es el cofrade infantil, cuya presencia es imprescindible en las mismas, ¿Sabéis quien ha mantenido y mantiene la Semana Santa?

Pues ese nazareno infantil de todos los años. Ese pequeñín que hace quince o veinte lustros que recibió y transmite, de generación en generación la savia fuerte cofradiera. Ese otro nazareno chiquitín que paseó su "penitencia" entre los mimos de sus demás hermanos mayores, y que después hizo un "puchero" reclamando los brazos de su madre. Ese penitente pequeño que fue creciendo y que, con el tiempo, vio también a su primer hijo en iguales circunstancias, cuando apenas podía andar, mientras que el abuelo, que también pertenece a la Hermandad, pero que no puede realizar la estación de penitencia, espera al nieto para colmarle de caricias y besos.

Hay Hermandades que saben valorar la presencia del niño-cofrade. En otras, forman el principal cuerpo cofrade de la Hermandad, caso de la Entrada de Jesús en Jerusalén, en que el mismo tiempo en que son compañeros de retozos y juegos de la borriquilla, animan con su gracia llena de inocencia la seriedad de la estación penitencial.

Y tienen en la estación su mejor escuela para aprender lo que no se enseña en los libros, lo que no puede contarse, lo que es vivencia.

Tienen por maestros a los demás hermanos, a toda la Cofradía, y hasta el cansancio y a eso que llamamos calle, y aprenden porque van pegados al paso desde la salida.

Pretenden hacer la estación entera, y con los años lo conseguirán.

Benditos niños estos, que con la cesta del carbón o la naveta del incienso, se ponen las manos sucias de toquetearlas.

Estos mocosos, maravillosos mocosos, son vitales para las Hermandades. Con su constante presencia reciben el tirón cofrade, que yo recibí hace medio siglo, que les hará permanecer indefinidamente en la Cofradía. Ese tirón que, en su manera de comportarse y condicionarnos es como el amor.

A propósito de ello, viene a mi mente una letra de una seguidilla andaluza, que aprendí hace unos días del Arzobispo de Sevilla, Don Carlos Amigo Vallejo, en una tertulia que tuve el honor de compartir con él, en unión de nuestro actual Presidente, y entrañable amigo Antonio Medina Piñar, en Radio Nacional de España:

*El amor es invisible  
como la cara del viento.  
Que ni se vé, ni se toca  
¡pero te quema por dentro!*

María, ardiendo de amor, también estaba presente en las calles de Jerusalén, disfrutando de la apoteosis de su Hijo, y allá va esa belleza, llena de gracia, de Nuestra Señora de la Paz, obra del sevillano Dubé de Luque, sonriente, guapa entre las guapas, llena de dulzura, porque sus ojos aún no han derramado el llanto de la Pasión, vestida de sol y estrellas, que en este Domingo de Ramos es la Reina de Granada.

Y estamos gozando de la presencia de la Madre de Dios, llena de finura y encanto, cuando San Lucas nos recuerda, que debemos transportarnos al Barrio del Realejo, exclamando:

**“Llegó, pues, el día de los ácidos, en que debía inmolarse la Pascua, y envió a Pedro y a Juan, diciendo: id y preparadnos la pascua para que la comamos”.**

*(Evangelio según San Lucas, Cap. 22, Vers. 7-9)*

Y fue en una sala espaciosa de una casa propiedad de un hombre que encontraron a la entrada de la ciudad, donde los discípulos predilectos Pedro y Juan prepararon la Sagrada Cena.

Jesús preside la mesa llevando en su mano derecha el Pan de la Redención y en su izquierda el Fruto de la Vid, símbolo del Divino Sacrificio de su Cuerpo y su Sangre, rodeado de sus discípulos, en un portentoso paso obra de Espinosa Cuadros, en el que destaca la concepción grandiosa y la policromía vivaz en los vestidos y ornamentos.

Conforme a la liturgia judía en la Cena de Pascua había cinco copas de vino sobre la mesa. Cuatro de ellas evocaban la salida de Egipto: en el libro del Exodo la liberación es traducida por cuatro verbos diferentes. Una vez comenzada la celebración, se levantaban y eran bendecidas cuatro de las copas; luego, los participantes se las pasaban de mano en mano y bebían. La quinta copa permanecía intacta, en prueba de que la obra de Dios no estaba terminada. Se decía que era la copa del Mesías, quien debía realizar la liberación de toda la humanidad. Y ésta, fue la que Jesús ofreció a sus discípulos, designándola como la copa de bendición.

Aquel deseo de Jesús, comer la Pascua con sus discípulos en la última Cena le había acompañado siempre. Cada momento de su vida debió traerle por anticipado la realidad de una entrega que para El, siendo cosa futura, estaba, como Dios, en un presente nítido.

Cuando su Madre amasaba el pan; cuando las calles se llenaban de olor a tahona; cuando el molino que trituraba el grano se le ofrecía como ejemplo en su parábola; cuando las multitudes, hambrientas de verdad, le seguían, olvidando su hambre de alimento y unos trozos de pan se multiplicaban en sus manos para saciarles; cuando veía las mieses amarillentas y a punto de segar, Jesús pensaba en la última Cena y en el milagro permanente de la Eucaristía.

Y mientras Jesús, en esa su última Cena nos da el mejor testimonio de amor, María, también obra del mismo imaginero granadino, en ese altar de gloria que es el palio de la Victoria, blanco como los azahares, “que bordaron cien dedales en la colmena de un claustro con hilos de soledades” como le llamara su eterno Hermano Mayor, va por las castizas y recoletas calles del viejo Barrio del Realejo, guapa y hermosa como un amanecer de Mayo, derramando bendiciones.

Y como la Virgen está alegre le cantan mil saetas y le regalan las mejores rosas y jazmines de los Cármenes de Santa Catalina y de los Alamillos, y los más olorosos claveles que se cultivan en los huertos que se extienden bajo Torres Bermejas, que se ponen de acuerdo para embriagar su sonrisa.

Y en ese instante, allí está presente el espíritu lírico del mejor cofrade que ha existido en Granada, que exclama gozoso:

*Déjate llevar amigo  
adonde quiero llevarte.  
A la Plaza del Realejo  
la plaza de los cantares,  
cuando el Domingo de Ramos  
la Virgen sale a la calle.  
La Virgen de la Victoria  
blanca como los azahares.  
Mira que cara la suya,  
mira que manos de ángel.  
Mira su palio de seda  
que bordamos cien dedales  
en la colmena de un claustro  
con hilos de soledades,  
para que en la noche tibia*

*la mezan doce varales,  
como se mece en el mar  
la majestad de una nave.  
Las saetas en la noche  
dicen versos a la Madre  
y las brillantes estrellas  
salieron para alumbrarle.  
Ya se aleja el paso alegre  
por las misteriosas calles,  
que tienen duende y embrujo  
de copla por soleares.  
Ya va el Domingo de Ramos  
hecho plegaria y cantares,  
ya se hizo toda Granada  
Catedral de catedrales.*

Y con el lirismo maravilloso e inolvidable de Don José, también está allí, en la Plaza de Santo Domingo, ante la Virgen de la Victoria y en presencia de Fray Luis de Granada, de mi pariente Pablo de Lozaga, el mejor de mis recuerdos: aquel día en que, hace cincuenta años tuve la dicha de vestir mi primer hábito nazareno. Ese hábito por el que siento infinito respeto, porque es uniforme de servicio deseado, sello de amor, timbre de gloria, confidente de importantes compromisos y peticiones, y hasta mortaja anticipada.

De mis recuerdos me saca San Mateo, que llevándome al vecino Convento de las Comendadoras de Santiago, me cuenta que, terminada la Cena, todos fueron con Jesús al Huerto de Getsemaní, situado al pie del Monte de los Olivos.

**“Y él, adelantándose un poco, se postró sobre su rostro, orando y diciendo: Padre mío, si es posible pase de mí este cáliz; sin embargo, no se haga como yo quiero, sino como quieres tú”.**

*(Evangello según San Mateo, Cap. 26, Vers. 39)*

Fue este pasaje evangélico la fuente de inspiración que tuvo el Maestro Sánchez Mesa para ese acto pasional de la Oración en el Huerto de los Olivos.

Jesús de rodillas, con resignado gesto de humildad doliente, acompañado de un Angel que señala con su mano derecha al Cielo, indicando a Cristo que en la Cruz de la oblación, de la entrega total, del “Hágase, Padre, tu voluntad”, está la redención que salva a los hombres. Y todo ello, al pie de un olivo del Huerto del Getsemaní, que cada año es buscado meticulosamente por los hermanos de la Cofradía, para que sea testigo del sueño bajo él, ajenos al terrible drama que se avecina, de algunos de los apóstoles, Pedro, Juan y Santiago, abatidos por el cansancio, como duermen muchas almas, cuando a Jesús lo dejamos solo, abandonado, en el silencio y soledad del Sagrario.

Y en la puerta de entrada del Huerto de los Olivos esperará a Jesús una mujer, María, con su inmenso corazón transido de Amargura, maravillosa obra de la Escuela de Mora, que irá tras Él, bajo su divino palio color cielo. Pero la Virgen de la Amargura no llora porque no puede llorar. Su ansiedad es evidente, y un sollozo sale de su garganta, mientras en sus labios aparece un acento de llanto.

Y el pueblo que es poeta y que mezcla, en su musa inquieta, lo divino con lo humano, le echa un piropo de devoción, lleno de amores:

*Por esa expresión llorosa  
Amargura te pusieron.  
Eres la gloria del Cielo  
llena de amores divinos.  
Eres una estrella dormida  
del crepúsculo infinito.  
Eres la Virgen más hermosa  
que el arte y la fe esculpieron  
por inspiración gloriosa.*

En este momento toma la palabra San Juan para recordarnos:

**“Y la cohorte, el tribuno y los criados de los judíos prendieron a Jesús, le ataron y le llevaron primero a Anás, por ser suegro de Caifás, el cual era el Pontífice aquel año”.**

*(Evangelio según San Juan Cap. 18, Vers. 12-13)*

Y preso, Jesús inicia la primera etapa de su Vía Crucis. Desde el Sagrario de la Santa Iglesia Catedral Metropolitana, donde ha buscado posada, a ese Palacio de Audiencias, que es el Domingo de Ramos la Tribuna Oficial, esa tribuna que espera y observa, que goza y que sufre, que enjuicia y aplaude, y, algunas veces, hasta critica.

Nuestro Padré Jesús Cautivo sale del Templo del Sagrario en sus recién estrenado paso, adornado de cientos de claveles que le han enviado sus devotos, al que presta luna la tarde.

Lo vemos prendido, ya camino de la casa de sus inquisidores, humilde, resignado con la voluntad del Padre. Es el Soberano Poder de Jesús en su Prendimiento, plasmado en esa sencilla, pero enormemente devota, imagen de Jesús Cautivo de Dubé de Luque.

¡Ya está preso! Va compasivo, mesericordioso, solitario en sus penas, acompañado por la mortecina luz de cuatro faroles.

*Preso te llevan, Jesús.  
te llevan, Jesús, Cautivo,  
a elevarte en una cruz  
sin haber hecho motivo  
con lo bueno que eres Tú.*

Ya prendieron a Jesús. Y cuando la Virgen lo sabe, empieza a llorar y a ir tras El, como iría cualquier madre del mundo siguiendo al hijo preso.

Y el llanto de la Virgen en esos momentos, es un llanto de inquietud y zozobra, como es el bonito rostro de Nuestra Señora de la Encarnación, que en su desfile del Domingo de Palmas es la mística Rosa del santo rosal del Cielo.

Poco después, Jesús compareció ante el Sanedrín de Jerusalén, constituido en concejo político, más que en tribunal ordinario. A fin de eludir los procedimientos judíos, el asunto fue sometido a Poncio Pilato, el Gobernador romano, que no se opuso seriamente a las autoridades de un pueblo aliado, y Jesús fue crucificado por los soldados del Imperio.

¿Qué era el Sanedrín? Esta palabra aramea casi se podría traducir por tribunal, si éste tuviese poder religioso. Era una asamblea, compuesta por setenta y un miembros, entre ancianos, sacerdotes y escribas.

En tiempos de Cristo, el Sanedrín tenía una misión administrativa, votaba leyes, juzgaba, condenaba de ser preciso; y religiosa, fijando las fiestas litúrgicas y la doctrina. Se reunía junto al Templo de Jerusalén dos veces por semana, siendo presidido por el sumo sacerdote en funciones, cuyo cargo se había convertido en temporal.

Bajo la dominación romana, el Sanedrín no podía mandar ejecutar la pena de muerte, esta función correspondía al Procurador. Por eso Jesús fue conducido a presencia de Poncio Pilato, que se encontraba accidentalmente en Jerusalén con motivo de la Pascua, como nos describe San Juan:

**“Pilato intentaba soltarle, pero los judíos gritaban: Si sueltas a éste no eres amigo del César, todo el que se hace Rey va contra al César. Pilato al oír estas palabras, sacó fuera a Jesús y se sentó en el Tribunal, en el lugar llamado en hebreo Gabbata. Era la parascève de la Pascua, hacia la hora sexta y dice a los judíos: mirad vuestro rey. Y ellos gritaron: Fuera, fuera, crucifícale. Díceles Pilato: ¿A vuestro Rey voy a crucificar? respondieron los Pontífices: No tenemos más rey que al César. Y se le entregó para crucificarle”.**

*(Evangelio según San Juan, Cap. 19, Vers. 12-16)*

Y conmemorando dicho momento aparece Jesús de la Sentencia, maravillosa obra de Mora, en la puerta de San Pedro, bajo las murallas y torres nazaritas, entre el murmullo de las aguas que de los jardines árabes bajan al río Darro y los angelicales cantos que elevan al cielo las aprendizas de vírgenes de los conventos vecinos, escuchando con sublime humildad la sentencia injusta que le están imponiendo. Le acompañan, Poncio Pilato con su esposa Claudia Prócula, un sacerdote del Sanedrín, dos soldados romanos con oscilante marea de plumas sobre su cabeza, un criado negro y un judío que lee el injusto fallo. Todas estas figuras, obra de Benito Barbero e hijos, presididas por Jesús de la Sentencia, conforman un Misterio maravilloso.

Y detrás, inseparablemente unida a su Hijo amado, y entre sus devotos cofrades, vestidos de ruán morado y con las colas recogidas, que parecen personajes astrales, sobre todo cuando un soplo denso de frescura se cuele a través de la tiesa tela de sus túnicas, María Santísima de las Maravillas es un derroche de belleza y alegría, y de una finura incomparable, resplandeciendo bajo un palio de cielo de riqueza impresionante, bordado por manos angelicales, perfecto en su conjunción de lujo y estética, que compite en arte y riqueza con el magnífico manto de terciopelo burdeos, bordado en total armonía con el palio. Le acompaña una profusión de flores blancas y una candelería, tan increíble como matemáticamente colocada, que parece como una inmensa catarata de luz, que hubiera bajado para rendir pleitesía a María Santísima desde los palacios moriscos, a su paso por la oscura y misteriosa Carrera del Darro.

Toda alabanza es poca para ensalzarla, toda belleza es pálida ante la dulzura de su cara, toda saeta es pobre para cantarle. ¡Virgen de las Maravillas, Eres la Reina del Cielo! Eres rayo de luz, rocío del alma, espejo de arte, aire devoto, sol y luna, oro y plata, flor y río, poesía y cante, Eres en una palabra, la Maravilla de las Maravillas, que de San Pedro nos vino y allí regresará, como extraordinaria visión de una realidad que se transfigura en la fé y en la plegaria.

*Tu eres divina y humana  
Rosa de Abril sin mancilla  
De Maravillas, Soberana!  
Y en el cielo de Granada  
la estrella más admirada.*

La verdad es que pocas Hermandades superarán a ésta de las Maravillas en la Magnificencia de sus insignias y en la proporción de sus pasos, pero también es verdad que en ninguna como en ésta lucirán menos, porque Granada no está pendiente de descubrir ni valorar la riqueza de lo que ante ella pasa, sino de marearse con el perfume de calidad y gracia que emana de la Cofradía, fruto del arte y de la maestría de la familia González y de su actual Hermano Mayor Don Miguel López Escribano.

Y San Juan nos sigue relatando:

**“Tomó entonces Pilato a Jesús y mandó azotarle”.**

*(Evangelio según San Juan, Cap. 19, Vers. 1)*

Poncio Pilato no encontraba en Jesús ninguna culpa que diera motivo al más duro de los castigos: la muerte en la cruz. Por eso mando azotarle, pensando que el pueblo se sentiría satisfecho, que saciaría su sed de violencia y muerte, viéndole maltratado y ultrajado. Pero Pilato se equivocó. La masa pedía a gritos una muerte y ésta tenía que ser obligatoriamente el colofón de la vida del Señor.

Granada cuenta para evocar dicho momento pasional con dos advocaciones: Paciencia y Perdón. Ambas, representadas por dos maravillosas tallas del Siglo XVI, rivalizan en belleza y emotividad. La primera, de Pablo de Rojas; la segunda de Diego de Siloé. Las dos, verdaderas joyas escultóricas.

En Miércoles Santo. La Granada cofradiera se encuentra ante la centenaria puerta de la Iglesia del Apóstol San Matías, que mandara construir el Emperador Carlos V. Entre dos luces se esconde el dolor del viejo barrio, que llora silencio. Una cruz de penitencia sobre el hombro de un hermano destaca entre los votos de silencio de muchos otros. Largas filas de nazarenos en el anónimo. Nadie los ve, ni se sabe quienes son, sólo El.

Dentro del Imperial Templo hay lágrimas en los ojos de algunos de los veintiocho costaleros, que han tenido la suerte de ser elegidos para llevar sobre sus hombros a Jesús de la Paciencia. Todos ellos, con los pechos apretados, anhelantes y en estado de devoción forzosa, dobladas sus rodillas ante Dios, se aprestan a hacer con su Cristo la mejor salida, la más dura, la que nunca olvidarán porque en ella se irá una parte de sus vidas. Pero los chavales, en estos momentos nada sienten físicamente porque, transidos de ilusiones, sólo piensan en El, y en ofrecerle su fervor, su orgullo y su enorme coraje.

Ya está Jesús saliendo a la calle. El paso cabe justo y los hermanos costaleros exigen a su serio capataz que no exista el mínimo roce. Y éste emocionado ante su Jesús de la Paciencia, que es compañero constante y guía de su vida, en ese celestial instante, recuerda las palabras de ese cofradiero sin igual que es el Padre Cué:

*Para ser buen capataz  
padre, el consejo mejor...  
Hijo, serás más capaz  
cuanto tengas más amor.  
Ojos de águila en la cara*

*sentido de proporción  
la voz, como el agua clara  
y los nervios en razón.  
Pero todo no bastará  
hijo, sin el corazón.*

Hasta el fino viento que baja de Sierra Nevada se emociona. No se oye nada. Cristo está ya camino del Calvario!

Ha llegado el momento de hacer la primera "levantá": ¡Arriba esos cuerpos!, grita el capataz. Baja Jesús de la Paciencia las escalinatas del Templo como suspendido de un pulso de amores y de ilusiones, y la calle, al fin, deja pasar el aliento, y aquel puñado de valientes acaban de hacer la mejor faena para entrar en el reino de los Cielos.

*Costaleros, costaleros  
que a Paciencia vais llevando  
poner los cuerpos derechos  
que nuestro Cristo está andando.*

*Tus pies, desnudos los llevas,  
los míos con suela de esparto  
para hacerte a Ti un sendero  
de lirios y claveles blancos.*

*Tu, Jesús Paciente, vas arriba,  
yo, costalero, debajo;  
Tus ojos miran al cielo,  
los míos al suelo mirando;*

*Por ello, si algún día llego  
al Cielo, y humilde llamo,  
no te olvides que yo fui  
Tu costalero aquí abajo.*

Jesús de la Paciencia aparece solo, atado a una columna, desnudo, con un paño de castidad sobre su cintura como es movido por el viento. Es el Cristo de la mirada llena de dulzura, es el Cristo de los labios mudos, es Jesús de la Paciencia!

Las huellas del suplicio, dejadas en su divina espalda, son de una sobrecogedora realidad. Sus ojos miran con tierna, suplicante e infinita piedad, y los hilos de sangre que se deslizan por su encorvada espalda son realmente impresionantes. Los desollones, la moraduras, el dolor vivo de la carne abierta, hacen de esta espalda portentosa algo cruel, humano y divino al mismo tiempo. Esa llaga enorme, mueve de tal manera a la compasión que una verdadera letanía de fervores y oraciones, rezadas con el alma, acompañan a esta excepcional talla en su caminar pasional por las calles granadinas.

Y Jesús; además de Paciencia, también concede Perdón en esa obra Magistral de Diego de Siloé, que hace estación de penitencia en ese día tan apropiado para concederlo como es el Jueves Santo.

Jesús de Perdón es un perfecto estudio anatómico interpretado por su autor de forma genial, posiblemente para un gran retablo. Pero si el estudio anatómico es altamente valioso y su interés artístico es inmenso, no lo es menos el espiritual, ya que, ante su presencia, aparece un sensible rumor piadoso y una singular irradiación de bondad, dentro del dolor y del tormento que soporta, perdonando a los príncipes, a los sacerdotes del Sane-drín, a los sayones y soldados que le golpearon, al pueblo que se burló... Porque así estaba escrito y Dios lo quiso.

A sus pies, figura Pedro, el primer discípulo, el que estuvo junto a El hasta el último momento, arrepentido de su triple negación.

*Jesús del Perdón!  
Eres tan santo y tan bueno  
tan dulce tu comprensión,  
que siempre estás perdonando  
nuestra mala condición.*

Y María Santísima de la Aurora que, como todos los Jueves Santos, ha salido de su rescatada residencia de San Miguel Bajo, entre el entusiasmo de los suyos, silenciosa, tranquila, camino de la plaza de la ciudad, dispuesta a tomar la alternativa, vestida con los mejores capotes de paseo en su palio, que la devoción de sus hijos toreros le donó en su día, después de salir por la puerta grande, vuelve a hombros de sus valientes costaleros, por las bellas y estrechas calles del Albayzín, que se empujan para más acercarse al Cielo, llorando de emoción lágrimas de nardo y jazmín, de cristal y plata, de rosa y agua, de cera y luna, mientras sus queridos hijos albaicineros le dan abrazos de cal y albahaca, y le dicen sus mejores piropos, a su paso por las puertas de sus casas y cármenes.

Y cuando la gente, que ya empieza a sentir el cansancio del día cumplido, se haga nuevamente presencia ruidosa en la bonita Plaza de San Miguel Bajo, la Cofradía estará de vuelta para el reencuentro con sus apasionados y devotos vecinos, con su barrio, que abandonó cerca de diez horas antes, cuando la tarde era un ramillete de aromas.

El Barrio del Albayzín tiene a esta Hermandad como una cosa propia, que vive en medio de él, que convive con las penas y alegrías de sus gentes, que resume en sí las peculiaridades del barrio, aunque muchos sean sus hermanos y pocos los que vivan en dicho lugar.

La mayoría de los que allí nacieron y allí vivieron, ya no viven allí, y piensan que allí no morirán, porque tienen el convencimiento de que faltarán de este mundo antes de que se solucionen los problemas de todo tipo que sufre este singular barrio, cuya resurrección se espera sin esperanza desde hace muchísimos años.

Pero hoy sí volverán. Desde siempre, cada Jueves Santo, tienen una cita importantísima con la Reina del Albayzín, a la que jamás pueden faltar!

San Juan, aún impresionado por la visión de Jesús en su Paciencia y Perdón, sigue relatándonos:

**“Otra vez salió fuera Pilato y les dijo: Aquí os lo traigo para que veais que no hallo en el ningún crimen. Salió, pues, Jesús fuera con la Corona de Espinas y el manto de púrpura, y Pilato les dijo: ahí tenéis al hombre. Cuando le vieron los Príncipes de los sacerdotes y sus servidores, gritaron, diciendo: ¡Crucifícale, crucifícale! Dijoles Pilato: Tomadlo vosotros y crucificadle, pues no hallo delito en él”.**

*(Evangelio según San Juan, Cap. 19, Vers. 4-6)*

Ya Jesús ha sido coronado rey. Rey con burla. Rey con dolor. Más tarde la tierra temblaría y la luz del cielo se apagaría dando paso a las tinieblas.

Mientras tanto, siendo aún pronto para el arrepentimiento, nadie cree en el portentoso milagro que se va a producir y es necesario divertirse a costa del que consideran impostor. Jesús será, dentro de poco, uno más de los que mueren en la cruz.

Jesús en su Humildad, maravillosa obra de la escuela granadina del Siglo XVII, atribuido por algunos a José de Mora, aparece sentado maniatado y coronado de espinas, con una caña en sus manos y con una túnica púrpura de su azotamiento pendiendo de sus hombros, mientras escucha, con sublime humildad y faz tranquila, a un pueblo que sabe pedirle y cantarle a su paso. Le acompañan un sayón con unas tenazas en la mano, que le ajusta la corona de espinas, mientras en la otra mano porta un látigo, y un soldado romano. La talla del Señor de la Humildad, “el Señor de la Cañilla”, como le llama la devoción y el cariño de sus hijos del popular Realejo, es de hermosura patética inigualable.

Y el pueblo le canta con aires de saeta:

*Míralo por donde viene  
el Señor de la Humildad  
con los cordones al cuello  
y los sayones detrás.*

Y detrás, despacio, con las manos suplicantes, pensativa, traspasada de sufrimiento, Nuestra Señora de la Soledad, la única imagen que tiene la suerte de ser procesionada dos tardes en Granada.

Manuel González, el gran discípulo de los Mora, la esculpió para Reina de Granada y la ciudad la hizo suya en la sin igual tarde del Viernes Santo en el Campo del Príncipe, en esos instantes, a las tres en punto de la tarde, en la única ocasión del año en que cumplen con el horario y son puntuales los granadinos, que le dedican miles de credos y anhelantes peticiones, como jamás ninguna advocación pueda recibir. ¡Madre mía de la Soledad eres la Perla de Granada, más pura y bella que el sol!

Por ello, en tu caminar por el Barrio del Realejo y por el Campo del Príncipe recibes una catarata incontenible de aplausos y piropos, de llantos y fervores, que te hacen aún más deslumbrante y más Reina, mecida con primor por tus hijos costaleros, entre un mar de devociones y de delirio popular.

Y en estos momentos, en que estoy emocionado hablando de la Virgen de mis amores, surge inevitablemente en mi memoria aquél delicioso piropo que salió una vez de la voz de uno de los mejores pregoneros que tuvo nuestra Semana Mayor, el sevillano Francisco Gutiérrez Martín, hermano de Paciencia y Penas y Trianero de pro:

*Caramelo de Granada,  
dulce flor de mi jardín,  
si apenas Te digo nada,  
es que no puedo vivir  
Soledad, sin Tu mirada.*

Y San Mateo nos recuerda que, una vez coronado de espinas,

**“Y después que se mofaron de él, le quitaron la clamide, le vistieron sus ropas, y le llevaron a crucificar”.**

*(Evangelio según San Mateo, Cap. 27, Vers. 30)*

La noche del Lunes Santo se viste de color fucsia, con fajín de oro viejo, para acompañar al impresionante Jesús del Rescate, de José de Mora, en su estación de penitencia.

Los hermanos, en interminables filas, se revisten de serias devociones, y el ambiente se enseñorea de seriedad, belleza y elegancia.

El aire frío de la noche granadina nos trae alientos espirituales de una vida más cerca de Dios, con este entrañable dolor por las calles de la ciudad. Dolor que atraviesa Granada, de punta a punta, para buscar refugio y consuelo en ese su barrio antiguo, en ese su barrio sin igual, como es el de la Magdalena. Barrio lleno de nobleza, devociones y leyendas. Barrio de vieja solera, donde Nuestro Padre Jesús del Rescate encuentra calor de humanidad y fervor divino, requiebro y oración, súplica y recogimiento.

*Barrio de la Magdalena  
noble y granadino,  
Dios quiso que fueras  
calle de amargura  
para su Pasión.  
Y te dio por eso  
lágrimas de Cielo,  
en solo y en estrellas,  
en brisa y en flor.*

*Viejo Barrio de la Magdalena  
suspiro y plegaria;  
en Semana Santa,  
eres calle y Templo  
clavel y Pasión.  
Y postrado de rodillas,  
le dedicas a Cristo  
en la noche del Lunes Santo  
tu mejor oración!*

Y a la misma hora, un nuevo dolor por las calles de Granada.

Nuestra Señora de los Dolores, que tantos años acompañó al Jesús del Rescate, de José de Mora, no quiere abandonarle hoy, y desde la Carrera del Darro acude presurosa en busca de su Hijo.

Y con el mayor primor la llevan sus hijos costaleros, de esa Hermandad tan llena de elegancia, de señorío y de viejos ideales, que nació en su día, como consecuencia de un voto, pleno de victorias y sufrimientos, hecho a la Virgen por el Tercio Isabel la Católica, en su histórica capilla del Palacio de los Tellos.

María en sus Dolores, del recordado artista Aurelio López Azauestre, es un llanto de cristal y nieve cuando el aire de nuestra sierra sin igual irrumpe en la noche, y la plateada flor abierta de la luna le presta su luminosa diadema con una aureola de estrellas para su dolor sin consuelo.

Y Granada, ante la belleza y sencillez de la Virgen de los Dolores, en un verdadero arrebató de amores, volteó las campanas de su corazón!

Ya está sentenciado y es cargado con la cruz. Y San Juan vuelve a recordarnos:

**“Tomaron, pues, a Jesús, y cargándole la cruz, salió hacia el lugar llamado del cráneo, en hebreo Golgotha”.**

*(Evangelio según San Juan, Cap. 19, Vers. 17)*

A media tarde y con la cruz auestas, allá va Jesús derramando Amor y Entrega, de la Hermandad de la Concepción, conventual y albaicinería, joven, pero sólo en edad, ya que por su firme caminar cofradiero parece que tiene siglos, teniendo un valioso apoyo espiritual en la Comunidad del Monasterio Franciscano, tan querida por mí, ofreciendo el “Manuel”, como cariñosamente le llaman sus hijos, obra del granadino Miguel Zúñiga, una sobriedad a tono con el mucho Amor que va derramando.

Detrás, inefablemente unida a su dolor, su Madre, María Santísima de la Concepción, llorando con serenidad y dulzura, que es un delirio de gracia y finura bajo la elegancia de su palio, cuya belleza es capaz de eclipsar el sol, habiendo sido elegida, por su delicada pureza, para ser embajadora de las credenciales del amor, que,

por Cristo y su amantísima Madre, siente esta tan mariana ciudad de Granada.

Casi en la anochecida, sobre un deslumbrante monte de plata y claveles rojos, encontramos a Jesús del Gran Poder, de Roldán Plata, en cuya maravillosa obra la Pasión de Cristo encuentra una síntesis perfecta en el equilibrio de la figura humana que sufre, con la majestad divina que acepta por propia voluntad el sacrificio.

Un nazareno que comprende perfectamente los desvaríos y equivaciones de los granadinos, llevando su pesada cruz por nosotros.

Tras El, radiante y luminosa, Nuestra Señora de la Esperanza, obra inmortal de José de Risueño, de una belleza estremecedora sin límites, que es una de las imágenes más veneradas y amadas por los fieles de Granada, bajo un espléndido pallo bordado en oro y un manto verde como un campo andaluz en primavera, adornado como si los rayos del sol hubieran bajado hasta su terciopelo para quedarse prendidos en él, en cuya boquita divina aparece un leve ademán de sonrisa, provocado, sin duda, por la alegría que siente de haber vuelto a salir de Santa Ana.

Granada la ve llorar y sabe que llora inconsolable porque su pena no puede tener consuelo. Pero también es consciente de que, por honda que sea su pena, nunca dejará de ser su Esperanza!

Ya será madrugada, cuando los jazmines de los Cármenes de la Alhacaba despierten para dar su alerta de que la Cofradía de Nuestro Padre Jesús de la Pasión y María Santísima de la Estrella, se aproxima, luciendo los bellos pasos de sus Titulares; cuando el aire de la noche se prepare para recibir el agujón acerado de la saeta; cuando las piedras de las calles alisen sus cortantes aristas para no dañar más los lastimados pies de esos héroes de Pasión, que son sus hermanos costaleros; cuando los albaicineros, despreciando las exigencias del sueño, saldrán al encuentro de la Hermandad que avanza tras su cruz de guía.

Jesús en su Pasión y la Virgen de la Estrella, ambas imágenes de Dubé de Luque, plenas de belleza y emotividad, llegan a su barrio, ese barrio singular, escogido por Dios, situado en la colina frente a la Alhambra, antiguo y castizo, sanamente popular, artesano, conocedor de la dureza de la vida, amigo del jazmín, de la rosa, del geranio y, por qué no decirlo, del matojo en sus tejados, que en este lugar hasta tiene belleza, triste cuando le duele el alma y alegre cuando hay que serlo, capaz de hacerse serena letanía de fervores a las plantas de Jesús y de su Madre amantísima de la Estrella, cuna de dos pregoneros de pro que tuvo nuestra Semana Mayor, el padre Benítez Carrasco hace un lustro y su hermano Don Manuel, el genial poeta tan ligado a las tradiciones granadinas, y un torrente de saetas comienza a caer desde las terrazas y jardines de sus cármenes.

Es el sentimiento y fervor del barrio hecho copla. Es el pueblo que cantando, reza a su manera, como le enseñaron los siglos y los duendes de este lugar, tan singular como universal, que es el Albayzín. Y como aprendió del ángel de la gracia que todos los días revolotea por las zonas más elevadas del barrio, para decirle la buena ventura a San Miguel, que vive tan alto, en su solitaria Ermita, que es amigo del sol, de la luna y de las estrellas, siendo la Albaicinería su preferida! Y que cuando la Virgen va presurosa, de regreso, camino de su capilla, grita emocionado:

*¡Costalero afloja el paso,  
déjame mirarla a Ella,  
que no podré yo ver más,  
nunca, tan celestial Estrella!*

Y dejamos a San Miguel con su Virgen de la Estrella, cuando San Lucas nos narra:

**“Cuando le llevaban, echaron mano de un cierto Simón de Cirene, que venía del Campo, y le cargaron con la cruz para que la llevase en pos de Jesús”.**

*(Evangello según San Lucas, Cap. 23, Vers. 26)*

Y mientras las mujeres que presenciaban la escena, lloraban, la Verónica enjugó su rostro, que quedó marcado

en su pañuelo por su sudor y su sangre.

El paso de Jesús en sus Tres Caídas, de la Escuela granadina del Siglo XVI, recoge este pasaje, en el que aparece un Nazareno caído en tierra con la cruz al hombro, ofreciendo gran belleza y patetismo el movimiento realista de la caídas de Cristo, con una expresión de agotamiento y dolor en su rostro, que hará que los últimos tramos del recorrido pasional los haga sin la cruz, debilitando considerablemente, tras haber sufrido el azotamiento, la coronación de espinas y las tres caídas, haciéndose cargo de ella, Simón de Cirene.

Cristo cayó tres veces, y si en la calle de la Amargura hubo cuchillos de piedra para mortificar su cuerpo caído, sobre el paso que sus cofrades del Rosario crearon para El, no habrá más que un apretado monte de claveles rojos y lirios, para consolar con la suavidad y olor de sus pétalos la lacerada carne de Jesús.

Y angustiada, por las dolorosas caídas sufridas por su Hijo, allá va la Capitana General de nuestras almas y de la Armada Española, Nuestra Señora del Rosario, la maravillosa obra que esculpió el granadino Miguel Zúñiga, reflejando, en cada uno de sus Misterios Dolorosos, las infinitas penas que sufre en su delicado corazón, mientras sus queridos marinos que han venido de allá los mares a acompañarle, entonan con fervor y maestría la Salve Marinera para mitigar su dolor.

Y todavía resuenan las estrofas de la Salve, cuando nos trasladamos a la cercana Plaza de las Descalzas, y San Juan toma la palabra:

**"Tomaron, pues a Jesús, que llevando su cruz, salió al sitio llamado Calvario, que en Hebreo se dice Golgotha..."**

*(Evangelio según San Juan, Cap. 19, Vers. 16-17)*

Y Jesús tomó su cruz, y la llevó ante el pueblo, camino del Monte Calvario. Poco antes Pilato había escrito un rótulo que fue colocado sobre la cruz: "Jesús Nazareno Rey de los Judíos". Y para que todos se enteraran bien lo hizo en hebreo, en latín y en griego.

Avanza Jesús Nazareno en su pesado caminar, en su Pasión. Antonio Barbero sintetizó en ella su idea y su estilo. El Nazareno de las Descalzas es eso, la Pasión, plasmada en una imagen llena de equilibrio y armonía.

Hay en Jesús Nazareno una expresión patética de angustia humana. Si nos fijamos detenidamente, veremos que la cruz le pesa, le agobia, le hunde. En su cara se adivina un dolor hondo, concentrado y agudo, que al mismo tiempo irradia tranquilidad.

El artista quiso modelar un hombre de carne y hueso, de nervios y de sensibilidad. Y dispuso la forma, planteándose el problema de acentuar el realismo. Esculpió la imagen entera. Era preciso que inclinara la cabeza, que exhibiera en saliente los hombros, que arqueara levemente el busto, que se viera el esfuerzo de sus piernas y de sus pies, que su mano izquierda posara tan solo en la cruz, mientras la derecha pretende amortiguar el peso, como si el sufrimiento no dejara ya ojos para ver ni fuerzas para caminar. Y realizó la máxima expresión del dolor que camina, pero no por ello permitió que su obra dejara de tener, en perfecta armonía la serenidad del gesto divino.

¡Jesús Nazareno es toda la Pasión de Jesús interpretada de una vez!

Y Antonio Barbero Gor, mi amigo, cofrade de oro de Ley y escultor donde los haya, goza con que la maravillosa imagen de Jesús Nazareno, salida de su gubia, mueva de tal manera a la compasión, que muchísimas oraciones, musitadas con el corazón, surgen inevitablemente ante la presencia de esta portentosa talla por las calles granadinas. Sí, decididamente sí, Barbero hizo el milagro y Granada le dio su amor!

<i>Padre Jesús Nazareno que se callen las campanas mientras Tú, con esa cruz de madera que te aplasta, vas a la muerte, sereno, ungido de pura gracia,</i>	<i>igual que un lirio partido por una torpe guadaña, mientras tus fieles costaleros, llorando, van sosteniendo tus andas.</i>
--	---

Como siempre, tras El, María! Esta vez derramando miles de Mercedes y Gracias.

Y cuando los nardos de la Primavera están jugando a luceros. Cuando el azahar se duerme en la cuna verde del jazmín. Cuando las golondrinas juegan por las veredas del Cielo, dejándose mecer en los columpios de la brisa, allá va, resignada en su dolor, María Santísima de la Merced, esa bella dolorosa del Siglo XVII del estilo de Pedro de Mena.

Su paso es de una riqueza impresionante, con su peculiar dibujo en su techo de palio, primorosamente bordado en oro sobre terciopelo burdeos, en total armonía con el manto azul que le cubre.

Pero si destaca la riqueza del paso de la Virgen, mucho más sobresale la disciplina procesional de la Hermandad, llena de seriedad, dando una lección de lo que debe ser una estación de penitencia, que parece un verdadero intercambio de mercedes entre el cielo y la tierra.

Y si brillante es su Estación, no lo es menos su discurrir cofrade, con compás sano y firme, ejemplar. Todo es pensado. Cada detalle que incorpora a su desfile ha sido cuidadosamente estudiado y realizado, poniendo los cinco sentidos y el buen saber de sus miembros, para alcanzar la perfección, mirándose como en un espejo en esa su tan querida Comunidad Carmelitana que le apoya con sus oraciones sin respiro, resguardada en el silencio de su Claustro.

¡Nazarenos! Continuar sin desmayo ese camino de perfecciones que habéis iniciado, que, sin duda redundará en vuestra vida interior. Mi Hermandad de Paciencia y Penas que os apadrinó en vuestra fundación y este improvisado pregonero, como miembro de ambas, estamos orgullosos de vuestro espléndido caminar. Que Dios os ayude, os lo mereceis! Y que tengáis suerte! —como se dice a los toreros— para que podáis realizar todas esas cosas buenas que teneis "in mente" y continúeis siendo siempre la gran Hermandad que todos deseamos.

Y Jesús, en ese itinerario de dolor que tiene que cumplir sigue su andadura pasional, representando en ese impresionante nazareno que es Jesús en su Amargura de la Cofradía Decana, grandioso y solemne como el Misterio que conmemora, el Santo Vía Crucis, el que que José de Mora puso toda su maestría.

Jesús de la Amargura invita de una manera total al recogimiento tanto por el conmovedor dolor que refleja su rostro, como por la perfección en la talla de sus divinas manos que, solitarias, en primer plano, fueron elegidas, hace unos años, para ser tema central del cartel de nuestra Semana Mayor.

Y no podía faltar, acompañado a Jesús de la Amargura, que en el largo Vía Crucis de su historia ha recorrido nueve templos, esperando que este último de San Juan de los Reyes sea su sede definitiva, erigiéndose en la imagen más viajera e itinerante de nuestra Semana Santa, una mujer excepcional, su Madre, representada en esta ocasión por la bella Virgen de los Reyes, de la escuela granadina del Siglo XVII, que en nombre de la titular de la Hermandad, María Santísima de las Lágrimas, va inundado, con el agua bendita que emana de sus ojos, el camino de salvación que nos ha mostrado su maltrecho Hijo.

San Marcos, nos narra, que una vez finalizado el duro caminar de Jesús por el sendero de sufrimientos:

**"Le conducen al lugar del Golgotha, que significa sitio de la Calabera, y le daban vino mirrado, pero no lo tomó".**

*(Evangelio según San Marcos, Cap. 15, Vers. 22-23)*

Y ante la cruz, esperando ser izado a ella, Jesús está sentado sobre una gran piedra, serio, abstraído, encomendándose a la voluntad divina, meditabundo, pidiendo al Padre que sepamos comprender su doctrina y que no caiga en saco roto el sacrificio que ha hecho por nosotros.

Es Jesús de la Meditación, de la Escuela de Mora, que procesiona la Cofradía Universitaria, una Hermandad que destaca por su organización, por el fluido número de hermanos y por el colorido de los hábitos, representativo de las tonalidades características de la Facultad de Derecho y de la Universidad.

Completa la representación pasional, que nos muestra esta Hermandad, el Santísimo Cristo de la Sangre, de Miguel Zúñiga, que con Nuestra Señora del Refugio de la tan prolija escuela granadina del Siglo XVII, y un San Juan, obra también de Miguel Zúñiga, acompañan a la Titular de la Hermandad, la bella imagen de Nuestra Señora de los Remedios, de Aurelio López Azaustre, que se nos aparece como la más delicada flor en el jardín grana y oro de su palio, que, por los colores, parece hecho con los corazones y el amor de sus queridos hijos universitarios.

¡Que Cristo acompañe siempre vuestro caminar en la vida y os bendiga, queridos universitarios!

Y estando Jesús meditando, le cogieron y le crucificaron, junto a dos malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda, quedando clavado allí, en el monte llamado Golgotha, entre dos ladrones; considerado y tratado como uno más de ellos, pues padeció el mismo trato, las mismas injurias y la más ignominiosa de las muertes: la muerte de cruz.

Y San Lucas, nos sigue recordando tan trágico momento:

**“Y era ya como la hora de sexta, y las tinieblas cubrieron toda la tierra hasta la hora de nona, oscureciendo el sol, y el velo del templo se rasgó por medio. Jesús, dando una gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu, y diciendo esto, expiro”.**

*(Evangolio según San Lucas, Cap. 23, Vers. 44-46)*

Y con esta su última palabra, Jesús da por finalizada su estancia en la tierra hecho hombre. Algunos días después se aparecería a los Apóstoles, pero ya como Hijo del Padre. Todas las profecías se ven cumplidas a la perfección: Jesucristo había vivido como hombre en la tierra y como tal había muerto en la cruz. Y al dar su vida Cristo, en una cruz de Fé y de Redención, en las tinieblas se encendió la luz.

Esa luz que ilumina el romano Puente del Genil para que el Santísimo Cristo de la Expiración nos llegue por él, camino del centro de la ciudad, y lo cruce como si cruzara el Lago Tiberiades, mientras recibe el fluido abrazo del río, un abrazo lleno de pureza como las aguas de nieve que recoge, un abrazo en el aire, del que son testigos de excepción sus dos orillas, que se ven pero que no pueden fundirse en una sola.

Sí, dos orillas y un puente, romano por más señas, para que encaje mejor en la Pasión de Cristo.

Y, mientras la nieve se hace agua y el agua río, sobre él, como un broche de luz, la Virgen Santa de la pena honda y la carita bella, María Santísima del Mayor Dolor, de la Escuela de Mena, la que sufre y llora, la que está llena de gracia divina, la que nos consuela, mientras sigue llorando porque su dolor es amargo como el amargor reunido de todos los mares del mundo, que cruza el puente enfronizada en su palio, lleno de seriedad y finura, y que, para no pasar frío, se cubre con el más maravilloso manto, que bordaron para Ella manos angelicales.

Y que, cuando en la madrugada vuelve, buscando el descanso de su capilla, después de andar toda una noche regalándole amores y consuelos a Granada, recogerá en las caídas de su palio, en mitad del puente, adonde ha acudido presuroso el, hasta entonces oculto, Río Darro, a prestarle pleitesía, todos los mejores reflejos de la luna y las estrellas, y la labor callada de un río que une los amores a la Virgen de los vecinos de ambas orillas.

Un Río Genil que, en estos días de Semana Santa se convierte en Geniles de pena, y se queda quieto y mudo para no ser solo camino, sino también espejo empañado del dolor de su Virgen, mientras las pisadas de los hermanos costaleros resuenan como palmas hechas por el mejor palmero y las nubes bajas de la noche granadina cuelgan paños de luto en las estancias del Cielo.

Un Río Genil, por el que todas las Semanas de Pasión pasan sus cofradías amigas de los Escolapios, Lanzada, Redención y Resurrección, transformándose, para acogerlas como merecen, en río de fervores y amores.

Cada Hermandad que sobre él pasa, paga el peaje del amor, y de esta manera, el Río Genil puede presumir de ser en la ciudad de los tres ríos, el preferido. Y como preferido, goza de unas prerrogativas que nadie tiene.

¿Quién, como él, fue testigo más cercano de la serena Expiración de Cristo, en esa imagen tan patética, de Sánchez Mesa, con los ojos vueltos al Cielo, derrochándose amor y perdón,

¿Quién vio llorar más cerca que él a María Santísima del Mayor Dolor?

Y mientras nos hemos hecho estas preguntas, ya entró el Cristo en su Iglesia Calasancia para continuar su Expiración en el centro del retablo principal del templo, donde la fe y la devoción de los alumnos le darán escolta durante el resto del año, seguido de su Madre, la Reina de los ríos de Granada, la Reina de Vergeles y Alminares, la Reina de nuestras almas, esa maravillosa Dolorosa a la que este pregonero ha pedido más favores que a nadie en su vida y a la que ha dedicado miles de oraciones, en sus once años de colegial escolapio.

de los Dolores, cansado, pero orgulloso del caminar de su Hermandad.

**“Muerto Jesús, al momento el velo del templo se rasgó en dos partes de arriba abajo; la tierra tembló y las piedras se rajaron; abriéronse los sepulcros y muchos cuerpos de santos, que estaban muertos, resucitaron”**

*(Evangelio según San Mateo, Cap. 27, Vers. 51-52)*

Y Granada que hemos visto que sabe llorar amores, puede también llorar soledades y abandonos. Por ello, gime ante Cristo Crucificado, cuando, ya muerto, es espejo de la soledad y el abandono de nuestro corazón humano. Ha muerto el Redentor y la ciudad evoca ese momento cumbre con el dramatismo impresionante de sus Cristos de la Redención, Buena Muerte, Favores, Consuelo y Misericordia. Que bonitas y sentidas Advocaciones!

Para cada una de ellas, elige un incomparable lugar en que la Cruz se alce como sublime símbolo de Redención. Y los Cristos de Antonio Díaz, Baltasar de Arce, José Risueño y José de Mora sirven a las cofradías granadinas para mostrar al mundo el suceso más importante de la historia: la muerte de Cristo.

Al comienzo de la tarde, de ese rincón del Zaidín, de ese relicario de amores que es la Iglesia de María Auxiliadora, inicia, entre el delirio popular, su denso itinerario, quizás el más largo de la Semana Santa granadina, el Santísimo Cristo de la Redención, de Antonio Díaz, sobre un monte de claveles rojos, que no son otra cosa que los corazones de sus hijos salesianos, desgranados esa tarde sobre su paso.

Es la imagen de un Cristo explicando con su callada boca todo un compendio de su doctrina basada en la Redención, mostrándonos un camino lleno de luz, y ofreciéndonos a su regreso, en la madrugada, un espectáculo maravilloso, con la imagen de Jesús en la cruz por el Puente del Genil, bajo un dosel de nubes traspasada por puñales de luna y estrellas, de misterioso ensueño, que provoca innumerables manifestaciones de entusiasmo de los vecinos de su barrio que han salido a recibirlo.

Detrás, como siempre, su desconsolada Madre, Nuestra Señora de la Salud, del mismo imaginero granadino, radiante de belleza y llena de lágrimas que centellean, surcando sus divinas mejillas de marfil.

¡Virgen de la Salud, salud de los que la necesitan en el alma o en el cuerpo. Eres el más precioso lirio divino en el sendero de amargura de un Calvario!

Mediada la tarde, encontramos de nuevo al Maestro, dormido en la serenidad eterna, en la imagen del Santísimo Cristo de la Buena Muerte, también del granadino Antonio Díaz, que cuando sale de su recoleta capillita de San Juan de Letrán en busca del centro de la ciudad, ésta la recibe, como lo haría una niña vestida de luto, con penas hondas y recuerdos amargos, mientras en el cielo de la noche granadina aparecen en su honor una constelación de estrellas.

Todos los sufrimientos han sido asumidos por Cristo en su Buena Muerte. Y en la fé, la esperanza y el amor la noche se convierte en día, el sufrimiento en gozo y la muerte en vida.

Muy cerca de El, la imagen de su amantísima Madre, de la Escuela de Cano, camina bajo el argentino son de sus cristalinas bambalinas, que suenan a murmullo de campanillas celestiales azotadas por la brisa divina, que nos convocan, a todos por igual, a cumplir esos dos fundamentos de nuestra vida cristiana, Amor y Trabajo.

Y con la llegada de la noche, encontramos a la Hermandad más popular de Granada, que hoy ya camina. La que casi dejó de vivir a causa de una sanción que, no discutimos que fuera justa, pero que, sin duda, va a ser la más grave de cuantas han conocido las Cofradías granadinas en esa insólita etapa, que no sé quien la inventó, de sanciones, que parece ser, gracias a Dios, ya terminó. Porque todas las Cofradías pertenecen a Granada, a su pueblo, y no se le puede privar de su presencia. Y en especial la de los Favores que goza con más relieve que otras del carácter popular, no exento de devoción, que las anima. De sancionar a alguien, que no encaja dentro de nuestro sentido cristiano, hay que hacerlo en las personas, nunca, jamás, en las Hermandades.

Y ante nosotros, el Cristo de Granada, ese Cristo que recibe más rezos, visitas y peticiones, durante todo el año, que ningún otro, en ese rincón sin igual del Barrio del Realejo que es el Campo del Príncipe, representado en esa maravillosa obra escultórica que es el Santísimo Cristo de los Favores, de Baltasar de Arce, que cada año, cuando la primavera reina en nuestra ciudad, cuando toda la naturaleza es serenidad, equilibrio, aroma y

Y del recuerdo de mis años escolares me saca San Juan con su narración:

**“Jesús, ya muerto permanece con la boca ligeramente entreabierta, como conservando aún entre sus labios la última de sus palabras. Y los judíos, como era el día de la Parasceve, para que no quedaran los cuerpos en la cruz el día del sábado, por ser día grande, rogaron a Pilato que les rompiese las piernas y los quitasen. Vinieron pues los soldados y rompieron al primero y al otro que estaba crucificado con él, pero llegando a Jesús, como le vieron ya muerto, no le rompieron las piernas, sino que uno de los soldados, Longinos, le atravesó con su lanza el costado, y al instante salió sangre y agua”.**

*(Evangelio según San Juan Cap. 19, Vers. 31-35)*

Una lanzada como la de Longinos abrió también el costado de la noche y por la herida no soltó sangre, sino que se escapó una cascada de azahar hecho luz, como la fé del barrio que acoge a la Hermandad del Santísimo Cristo de la Lanzada y María Santísima de la Caridad.

Un barrio popular como el Zaidín, enclavado en un pago de la ciudad, al otro lado del Río Genil, que hasta hace unos años era agricultor, nacido al aire de la ciudad extendida.

Un barrio que el Martes Santo se desplaza al centro de la ciudad para, más que presenciar la salida de la Hermandad por la portentosa Puerta del Perdón de la Catedral, salir con ella a mostrar a Granada toda la riqueza devocional, todo el espléndido exponente de lo que ha conseguido en los pocos años transcurridos desde su fundación, presumiendo del fervor que le une a sus Titulares, para, al final, dejarse caer gozoso en su Parroquia de los Dolores, cansad, pero orgulloso del caminar de su Hermandad.

Un caminar, mezcla de orgullo y de reto, como este pregón, con el que quiere manifestar a Granada, que esa maravilla caminante que es la Virgen de la Caridad, que es una salve bordada en seda de amores, moldeada por el pisar menudo de sus hermanas costaleras, que la llevan con gracia andarina, al que acompañan, y aquel paso de Misterio de Jesús de la Lanzada, en el que Antonio Barbero ha puesto su estilo dramático junto con la profunda penetración de su gubia, lo han logrado ellos con su esfuerzo, con su constancia, con sus modestas aportaciones, privándose de muchas cosas, animados en el esfuerzo por el espíritu de un barrio que, si bien es soñador, también es capaz de convertir sus sueños en realidad.

Impresionado aún por el tremendo patetismo que hemos sentido ante la presencia del Santísimo Cristo de la Lanzada, el evangelista San Mateo nos sigue recordando:

**“Muerto Jesús, al momento el velo del templo se rasgó en dos partes de arriba abajo; la tierra tembló y las piedras se rajaron; abriéronse los sepulcros y muchos cuerpos de santos, que estaban muertos, resucitaron”**

*(Evangelio según San Mateo, Cap. 27, Vers. 51-52)*

Y Granada que hemos visto que sabe llorar amores, puede también llorar soledades y abandonos. Por ello, gime ante Cristo Crucificado, cuando, ya muerto, es espejo de la soledad y el abandono de nuestro corazón humano. Ha muerto el Redentor y la ciudad evoca ese momento cumbre con el dramatismo impresionante de sus Cristos de la Redención, Buena Muerte, Favores, Consuelo y Misericordia. Que bonitas y sentidas Advocaciones!

Para cada una de ellas, elige un incomparable lugar en que la Cruz se alce como sublime símbolo de Redención. Y los Cristos de Antonio Díaz, Baltasar de Arce, José Risueño y José de Mora sirven a las cofradías granadinas para mostrar al mundo el suceso más importante de la historia: la muerte de Cristo.

Al comienzo de la tarde, de ese rincón del Zaidín, de ese relicario de amores que es la Iglesia de María Auxiliadora, inicia, entre el delirio popular, su denso itinerario, quizás el más largo de la Semana Santa granadina, el Santísimo Cristo de la Redención, de Antonio Díaz, sobre un monte de claveles rojos, que no son otra cosa que los corazones de sus hijos salesianos, desgranados esa tarde sobre su paso.

Es la imagen de un Cristo explicando con su callada boca todo un compendio de su doctrina basada en la Redención, mostrán-

donos un camino lleno de luz, y ofreciéndonos a su regreso, en la madrugada, un espectáculo maravilloso, con la imagen de Jesús en la cruz por el Puente del Genil, bajo un dosel de nubes traspasada por puñales de luna y estrellas, de misterioso ensueño, que provoca innumerables manifestaciones de entusiasmo de los vecinos de su barrio que han salido a recibirlo.

Detrás, como siempre, su desconsolada Madre, Nuestra Señora de la Salud, del mismo imaginero granadino, radiante de belleza y llena de lágrimas que centellean, surcando sus divinas mejillas de marfil.

¡Virgen de la Salud, salud de los que la necesitan en el alma o en el cuerpo. Eres el más precioso lirio divino en el sendero de amargura de un Calvario!

Mediada la tarde, encontramos de nuevo al Maestro, dormido en la serenidad eterna, en la imagen del Santísimo Cristo de la Buena Muerte, también del granadino Antonio Díaz, que cuando sale de su recoleta capillita de San Juan de Letrán en busca del centro de la ciudad, ésta la recibe, como lo haría una niña vestida de luto, con penas hondas y recuerdos amargos, mientras en el cielo de la noche granadina aparecen en su honor una constelación de estrellas.

Todos los sufrimientos han sido asumidos por Cristo en su Buena Muerte. Y en la fé, la esperanza y el amor la noche se convierte en día, el sufrimiento en gozo y la muerte en vida.

Muy cerca de El, la imagen de su amantísima Madre, de la Escuela de Cano, camina bajo el argentino son de sus cristalinas bambalinas, que suenan a murmullo de campanillas celestiales azotadas por la brisa divina, que nos convocan, a todos por igual, a cumplir esos dos fundamentos de nuestra vida cristiana, Amor y Trabajo.

Y con la llegada de la noche, encontramos a la Hermandad más popular de Granada, que hoy ya camina. La que casi dejó de vivir a causa de una sanción que, no discutimos que fuera justa, pero que, sin duda, va a ser la más grave de cuantas han conocido las Cofradías granadinas en esa insólita etapa, que no sé quien la inventó, de sanciones, que parece ser, gracias a Dios, ya terminó. Porque todas las Cofradías pertenecen a Granada, a su pueblo, y no se le puede privar de su presencia. Y en especial la de los Favores que goza con más relieve que otras del carácter popular, no exento de devoción, que las anima. De sancionar a alguien, que no encaja dentro de nuestro sentido cristiano, hay que hacerlo en las personas, nunca, jamás, en las Hermandades.

Y ante nosotros, el Cristo de Granada, ese Cristo que recibe más rezos, visitas y peticiones, durante todo el año, que ningún otro, en ese rincón sin igual del Barrio del Realejo que es el Campo del Príncipe, representado en esa maravillosa obra escultórica que es el Santísimo Cristo de los Favores, de Baltasar de Arce, que cada año, cuando la primavera reina en nuestra ciudad, cuando toda la naturaleza es serenidad, equilibrio, aroma y luz, sobre un monumental monte de claveles rojo sangre, nos regala la visión renovada de su muerte.

Un Crucificado lleno del alma y devoción de Granada, un Cristo nuestro por excelencia, que muestra su muerte entre yerbabuena y albahaca. Un Cristo que es capaz, y lo hace, de transformar su cruz de martirio en el mayor trono de gloria, desde donde imparte miles de Favores a los granadinos.

Y detrás, la Misericordia! Casi ná.

Devoción multitudinaria de un barrio, del barrio más bonito de Granada, alzado en favor de la belleza, traspasada por el dolor, de la más hermosa de las mujeres, de María Santísima de la Misericordia, de la Escuela de Mora, guapa entre las guapas, que camina, acompañada del clamor de sus hijos, entre blancuras de plata y flor, bajo un espléndido palio, que es un auténtico compendio de elegancia y hermosura, como su lindo rostro moreno, símbolo del espíritu y la gracia de esta ciudad tan nuestra.

Cuando la vemos pasar por el Realejo, camino de su capilla, cuando la vemos llorar desconsoladamente bajo su palio de oro y encaje, cuando la oímos hablar, porque Ella habla, ¿Quién dice lo contrario?, con sus hijos, a los que el cariño popular llama "greñños", quisiéramos ser cirio encendido para arder sin consumirnos a sus plantas, quisiéramos ser clavel aunque sólo tuviéramos sitio en el techo de su palio, donde, no la veríamos, es verdad, pero la sentiríamos tan cerca, que nos reiríamos de las estrellas, que tendrían que contentarse con estar más lejos de Ella que nosotros.

¡Madre mía de la Misericordia, Eres el más bello lucero de pena que brilla más que el sol, Eres lágrima de cristal fino bajo palio, Eres Ave María dolorosa entre las doce varas de nardo de tu palio azahar y oro!

Al iniciarse la madrugada, todo el silencio y la oscuridad de ese lugar lleno de tradición y espiritualidad que es la Carrera del Darro, sirven de marco a la soledad de Cristo.

Ni el embrujo de la Torre de la Vela, ni el murmullo de las aguas del cercano río, ni el canto de algún osado ruseñor, ni, incluso, los duendes del Paseo de los Tristes, son capaces de sacar a Cristo del abandono en que se encuentra en la cruz. Y su cuerpo pendiente de un simple madero es fiel reflejo de nuestro propio dolor humano.

Son las doce de la noche, las doce en punto de la noche. Hay lágrimas de sombra en la luna de Parasceve y una eternidad de silencio cae sobre la ciudad, a la que la luz ha dicho adiós, mientras se alfombraba con lágrimas de cera.

De ese recinto de gloria que es la Iglesia de San Pedro sale en busca del pueblo granadino el Santísimo Cristo de la Misericordia, acogiendo su presencia un temblor de estrellas.

José de Mora, por medio de la gubia, sin duda, iluminada de Antonio Barbero, nos muestra al Cristo de la Misericordia, al señor de Granada, al portentoso Crucificado símbolo supremo de nuestra Semana Santa.

Su majestuosa figura representa, con su imponente, extraordinaria y emocionante belleza, el profundo significado de fé de nuestras celebraciones pasionistas. Nada, ni nadie, puede resistirse a su divino rostro.

Su estación penitencial, acompañado de sus silenciosos hijos, vestidos con fajas de esparto recio como su fervor, que levantan al cielo estrellado de la noche la luz del cirio de su alma cofrade, suscita un coro de plegarias, de invocaciones, de sentimientos y de fervores, que resaltan la sublime y sobria soledad del único Crucificado que camina solo, sin su Madre, por las calles granadinas. Y con su mudo caminar regala al pueblo de Granada su presencia inolvidable, el espectáculo más serio y sentido de una ciudad, que le devuelve su ofrenda con venerado fervor, con su emoción contenida y silenciosa, constituyendo el desfile del Silencio, como la devoción le llama, un mudo pregón de penitencia adornado de puro azahar, al que la luna presta su halo siempre encendido, para iluminar la delicada cabeza de un Cristo, reclinado en su pecho, muerto de amor por nosotros.

Granada, toda Granada, seguirá a su Cristo amado, participando de sus Misericordias, cuando vuelve a San José, a ese Albayzín bautizado de cal y perfumado de azahares, que parece hecho a la medida de la Cofradía, donde sus dedos rozarán inevitablemente en los balcones desbordados de geranios que lloran su Pasión, caminando en la oscuridad de la noche, por sus empinadas cuestas y callejas, ayudada por el haz de luz que se desprende de su alma.

Pero hay que darse prisa, mucha prisa, verdaderamente correr, si queremos ver al Señor de los Gitanos, al Calé Divino, al Santísimo Cristo del Consuelo, en su Sacromonte.

A estas horas de la noche, el airecillo fresco de Sierra Nevada, llegó a Granada, se hizo amigo de la Alhambra y del Generalife, y se marchó de paseo por el Sacromonte. Y lo notamos entre nosotros, inquieto, juguetón, convertido en uno de los muchos visitantes que vienen a Granada y de Granada se enamoran, cuando la ciudad florece entre espinas en su Semana Santa.

Empieza a declinar la noche y hay girones de sombra en el cielo sacromontano. Del valle de Valparaíso sube un profundo y agradable aroma de fresas y de almendros en flor, mientras la brisa saluda a las inmóviles chumberas y agita las ramas verdes de los olivos, nogales y frutales de esa especie de Huerto de Getsemaní, que baja desde el Barranco de Enmedio a la empinada Cuesta del Chapiz, desde la cueva de la Canastera a las Escuelas del Ave María, desde el Carmen de las Rejas al Peso de la Harina, desde la Mosca a las Cuevas de la Golondrina y la Rocío, donde han comenzado a abrirse las primeras rosas y tanto los almendros como los olivos están en flor, adueñándose del campo una solemnidad cautelosa y dramática, mientras un relámpago de estrellas brilla en las siete cuestas que conducen a la Colegiata Sacromontana, preludio del itinerario pasional del Santísimo Cristo del Consuelo entre las tradicionales cruces, camino de la Abadía, donde le espera su eterno Abad, tantos años solitario, nuestro querido Don Jesús Roldán, que, como Cid Campeador de estos parajes gitanos, vigila lleno de amor su llegada.

La inspiración del gran imaginero que fue José Risueño quedó plasmada en la madera gracias al certero buril de Miguel Zúñiga. Inspiración y gubia, arte y corazón, devoción y fervor. Todo es necesario para arrancar a la madera tan impresionante como maravillosa talla, creando ese admirable Cristo del Consuelo, que en la noche, rodeado del resplandor de las hogueras que los gitanos encienden en su honor, recortándose en el crepúsculo, ofrece una trágica visión que verdaderamente sobrecoge. Una visión de un Cristo que murió una vez por todos en Jerusalén, tan parecido a estos lugares, en aquella hora de tercia en que los pájaros volaron bajos, asustados de los cielos entenebrecidos.

Ya nos llega para rematar la noche y despuntar el día, la gracia gitana, llena de sentires, vestida de galas penitenciales, de la Cofradía del Santísimo Cristo del Consuelo y María Santísima del Sacromonte.

El señor va repartiendo Consuelos y María Santísima lleva el corazón apuñalado por las penas y angustias hon-

das de sus hijos del singular barrio que es el Sacromonte.

Gitanos y payos, hermanados y confundidos bajo una misma túnica penitencial. Otro contraste más que añadir a la infinita serie de contrastes, en esta Granada cuna de la antítesis.

Un manantial de saetas se desborda desde Zoraida a la Chumbera, mientras los gitanos lloran a su Cristo con lágrimas cinceladas en cobre sus penitas hondas, que parecen brotar de sus cuevas encaladas, pidiéndole volver algún día a ese barrio tan suyo, tan propio de ellos, que les hicieron abandonar, no luciendo ya las gitanas, en su pelo azabache, clavel alguno, porque todos, absolutamente todos, como saetas del alma, han sido arrojados al Rey de los Gitanos.

Y, en estos momentos, el cante jondo se transforma en liturgia, y la liturgia en poesía!

Y nuestro Federico, emocionado, grita:

*Cristo moreno  
pasa  
de lirio de Judea  
a clavel de España*

Sí, a clavel de España, a clavel cultivado con mimo, símbolo de nuestra Semana Santa. Rojo como la sangre de Cristo. Fragante como el amor de la Madre. De apretados y numerosos pétalos como la fé de este sencillo y típico barrio.

Y el inolvidable Antonio Machado, que sabe mucho de penitas hondas, se lanza al ruedo de los sentires:

*¡Oh, la saeta al cantar  
al Cristo de los Gitanos,  
siempre con sangre en las manos  
siempre por desenclavar!*

*¡Cantar del pueblo andaluz,  
que todas las primaveras  
anda buscando escaleras  
para subir a la Cruz!*

*¡Cantar de la tierra mía,  
que echa flores al Jesús de la agonía,  
y es la fé de mis mayores!*

Impregnados de poesía, San Lucas nos recuerda:

**“Las mujeres que habían venido con el de Galilea; le siguieron y vieron el sepulcro y como fue depositado su cuerpo”.**

*(Evangelio según San Lucas, Cap. 23, Vers. 55)*

Y María, su Madre, también estuvo allí! Desde el primero hasta el último instante de la Pasión! Y qué grado de dolor alcanzaría la Pasión de Ella, mientras veía que su hijo amado, ultrajado y encarnecido, recibía la muerte en la cruz!

Al llegar la noche, vemos bajar de la Alhambra a una maravillosa Virgen sentada al pie de la cruz, que desciende a la ciudad entre miles de bengalas que llenan de celestial luz sus calles.

Jesús ya descendió, es depositado en los brazos de su Madre, Nuestra Señora de las Angustias de Santa

María de la Alhambra, que sobre su falda, como un río de muerte, como un lirio tronchado, como un arco de triunfo que nos quisiera dar la mano para elevarnos de suelo de nuestra bajeza, acuna al Hijo con tanto amor como dolor.

Cristo está completamente inerte, con los ojos cerrados y la boca entreabierta, con un brazo caído a un lado de la falda de su Madre, mientras Ella le acaricia con mimo el otro, mostrando en su bellísima cara todo el dolor y todas las angustias que su divino corazón está padeciendo.

María en sus Angustias, fantástica obra del accitano Ruiz del Peral, esa Madre de Amores que adora Granada entera, es, en ese instante, un verdadero manantial de lágrimas, como un amanecer de penas hondas, desprendiéndose de sus párpados delicadas perlas que harán de su llanto la mejor fuente de Gracia, mientras las blancas palomas del majestuoso palacio mazarita, que es su paso, con su alegre revoloteo, anuncian a los cuatro vientos la proximidad de la Resurrección de su Hijo, inundándose la ciudad de amor, incienso y devoción.

Y el sentimiento de Granada, agua oculta que llora, como tan bien lo definiera Machado, se convierte en un verdadero mar de lágrimas en este día de su Semana Santa, para acompañarla en su dolor:

Lloran sus ríos, uno oculto y otro abierto, Darro y Genil, que se funden en un abrazo de amor en su honor junto al puente romano del Genil.

Lloran sus pilares de la Justicia y del Toro por la injusticia cometida con su Hijo.

Lloran sus acequias de Arabuleila y Aynadamar, como dos niñas consentidas.

Lloran sus calles, que en estos días se purifican con cera y azahares.

Llora la Alhambra en sus solitarias albercas y fuentes.

Llora el Generalife en sus cuidados arrayanes.

Llora el Albayzín en sus centenarios aljibes de las Barandillas, San Nicolás, María la miel, Trillo, Polo y Alhacaba.

Llora Sierra Nevada con geniles lágrimas de deshielo.

Llora el Sacromonte con lágrimas de verdad.

Llora la fuente del Avellano con su agua cristalina llena de historia.

Llora el ciprés con lágrimas de Pasión.

Llora el azahar con lágrimas de Pureza.

Lloran el nardo y el jazmín, los claveles y las rosas, en sus búcaros de cristal.

Lloran las estrellas y los luceros de la noche, con el rocío mañanero.

Lloran los templos en sus pilas de agua bendita.

Lloran todas las vírgenes granadinas, que días atrás han inundado de belleza y pureza las calles, para acompañar en su dolor a esa sin igual Virgen que Dios escogió en el Ministerio de las Angustias, para hacerla Reina, Patrona y Soberana del pueblo granadino.

¡Virgen mía de las Angustias: Eres belleza y poesía; Eres un sueño de primores; Eres la flor de las flores; Eres en la noche luz clara y nieve en Sierra Nevada; Eres espejo y luna donde se miran las estrellas y los más bellos luceros; Eres, sin duda la Reina de nuestras almas, donde quiera que te encuentres, en el Cielo, en la Carrera o en tu adorada Alhambra!

Y Granada, que quiere ser en esos momentos el delicado pañuelo de fino encaje en donde María seque sus divinas mejillas de nácar, suspira:

*Bajó el agua por la acequia  
cuando Granada lloraba  
su pena de Cristo muerto  
entre torres embrujadas.  
Bajó el suspiro en el aire  
cuando la noche estallaba  
sus arcos de piedra roja  
entre luces de guimaldas.  
Bajó el charol y el damasco  
y su obra de fina plata*

*por la Cuesta de Gómez  
y por la Plaza Bib-rambla;  
Bajó Jesús de la Cruz  
su vida de amor, cansada,  
y para darle descanso  
prestó sus Angustias Granada.  
Bajó María sus penas  
cuando Granada lloraba  
por un sendero secreto  
entre cuevas de la Alhambra.*

Y San Juan, aún extasiado con la visión maravillosa de Santa María de la Alhambra, nos indica que debemos trasladarnos al Monasterio de San Jerónimo, narrándonos por el camino.

**"Había cerca del sitio, donde fue crucificado, un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el cual nadie había sido depositado. Allí, a causa de la parascève de los judíos, por estar cerca el monumento, pusieron a Jesús".**

*(Evangelio según San Juan, Cap. 19, Vers. 41-42)*

Y la última morada de Jesús en la tierra habría de ser la tumba propiedad de José de Arimatea. Pero solamente durante tres días.

La Biblia solo nos habla de José de Arimatea en esta ocasión. El hombre rico y poderoso quiso demostrar a Cristo que estaba a su lado, poniendo en peligro su reputación, ya que hasta aquel día lo había llevado en secreto, por temor, el desclavar el cuerpo de Cristo y darle sepultura en su propia tumba. Las últimas gotas de sangre y agua que brotaron del pecho del Señor tras la lanzada, fueron las últimas gotas que colmaron el vaso de la fé del rico hacendado.

Y Granada, para recordarnos el triste pasaje evagélico, se nos muestra como un mar de angustias. Bajo la sin par transparencia de su cielo, hay un fuego que inflama las almas más que el aire y el sol.

Arde el viento ante la huella penitencial, arrebataadora y purificadora del camino de un supremo dolor, que fortalece y redime. Porque Granada, en este instante, es eso: senda de fortaleza y de redención.

Llora la noche, tiene frío el alma, y hasta huele el ambiente a silencio y muerte. La ciudad entera se viste de luto por Dios y hasta las golondrinas que lloran, volando bajas sin consuelo. El Monasterio de San Jerónimo es un santuario de dolor. Allí está Cristo, hecho muerte, hecho entrega, hecho amor, mientras los naranjos de su portada le brindan la delicadeza su azahar.

Cristo se nos muestra en la horizontalidad de su muerte. En este momento la cruz no acompaña la muerte de Cristo. Está presente, pero su acompañamiento es más de fondo que de coprotagonista de la tragedia. Cristo yá ha muerto!

Hasta dicho día, Granada lo había visto de pie, arrodillado, prendido, sentenciado, flagelado, coronado de espinas, caminando cargado con la cruz, sentado, meditando ante ella, bien sujeto por los clavos al madero, expirando y muerto. Pero hoy, no! Hoy la muerte de Jesús ya no pende de la cruz.

Al Señor de cielos y tierras lo llevan desnudo en busca del sepulcro, con una muerte horizontal y llana, como la de cualquier hombre, a ese sepulcro propiedad de José de Arimatea, que su piedad generosa cedió para tal fin.

La imagen de Jesús Descendido, fruto maravilloso de la gubia de Pablo de Rojas, sobrecoge por su realismo. Jesús desnudo sobre una simple sábana, quieto, en riguroso sueño de eternidad, con su carne traspasada de agonía, con la cabeza reclinada en un almohadón. Lo portan figuras vivientes que representan a José Nicodemo, José de Arimatea y San Juan, seguido por otras, que simbolizan a la Virgen, acompañada de las tres Marías, Magdala, Salomé y Cleofá.

Impresionante realismo! El calvario de nuestros cuerpos está roto, vacío destemplado!

Granada se recoge y reza, mientras los nobles varones que lo descendieron y las santas mujeres que acompañaron a la Virgen, llevan el cuerpo de Jesús camino del sepulcro.

El pueblo que ha acudido a ver el cortejo, contempla absorto la tragedia consumada que ante sus ojos pasa, mientras Granada, que en esos instantes es cofre de suspiros, se viste de luto en el Viernes Santo, en el que la muerte de Cristo ni siquiera encuentra el apoyo de la cruz.

Y en esta especial noche de pena, detrás de Cristo muerto, va esa excepcional Madre de consuelos, que es María en su Soledad, que la Escuela de Mora brindó a la eternidad.

¿Cómo va la Virgen? Austera, solemne, dolorosa, silenciosa, divinamente humana, y con el cielo por palio, precedida de ese extraño y a la vez singular personaje que es la "chía".

Llora como una niña consentida, hilo a hilo con muchas lágrimas por sus mejillas, como si se le saliera el corazón por la boca, cuando regresa al Monasterio Jerónimo.

Y Granada, que al cabo de los días que pasaron, aprendió mucho de dolores y llantos, al ser los suyos, cayó de rodillas, acongojada por su congoja sin consuelo.

En ese instante del final de la Estación, surge ese momento crucial, en que los hermanos, que han participado en la misma, se retiran, dejando atrás muchas horas de trabajo, de ilusiones, de lucha, de anhelos y de esperanza. Ese momento, en que los hermanos costaleros, que han mimado durante todo el recorrido a la razón de sus vidas, cogen una flor, como precioso recuerdo, para ofrecérselo en su nombre a su-ser querido. Ese ambiente único, en que el olor penetrante de las flores lo inunda todo, junto con el aroma inconfundible de la cera.

Y en esos instantes en que todo está en silencio, en que de pírse algo solo puede ser el rumor angélico de las tocas de las monjitas jerónimas, ante la presencia de Jesús Descendido, que yace patéticamente, sereno, dormido, no puedo por menos de dirigirme a Él, diciéndole:

Maestro, pensando en aquellas palabras tuyas de "pedid y recibiréis, llamad y se os abrirá", permitidme que os haga una petición, una petición que quiero que salga de los más recónditos y profundos entresijos de mi alma.

*Dios mío, tengo sed, sed de Ti.  
Quiero ser holocausto de Tu misericordia.  
Quiero ser rehén de Tu clemencia.  
Quiero ser lo que Tu quieras que sea.*

¿Que qué te pido a cambio? Señor soy muy exigente.

Que las estaciones de penitencia de nuestra Hermandades sean el duro yunque en el que ejercitemos nuestra fé.

Que nuestras más puras y entrañables tradiciones sean la segura esperanza del relevo de quienes nos sucedan, como nosotros lo fuimos un día para aquellos que se fueron vistiendo la túnica de hermano a la hora de la cita eterna.

Que el futuro de nuestras Hermandades y Cofradías sea, en la vida de los hombres, encarnación de la más acrisolada y ardiente caridad y fraternidad.

Que del sínodo Diocesano se desprendan los mejores frutos para la vida de ellas.

Que se interprete debidamente y se lleve a efecto el contenido del último manifiesto de los Obispos del Sur, considerándonos Iglesia de primera fila, como siempre fuimos.

Que las Autoridades Eclesiásticas, y en especial, los Consiliarios y Párrocos que rigen espiritualmente las Hermandades, sean iluminados para que se comporten en tal sentido, los pocos que, a mi entender, no lo hacen.

Que algún día, pronto si es posible, las Hermandades y Cofradías de Granada puedan cumplir el objeto primordial de su salida procesional que, como sus Reglas y Constituciones disponen, no es otro que el de hacer estación de penitencia ante Jesús Sacramentado dentro de la Santa Iglesia Catedral Metropolitana.

Que sigamos identificando los bellos rincones de esta tierra sin par, en cuyo seno tuvimos la dicha de ser dados de alta en la vida, por el caminar lleno de espiritualidad y sentimiento de nuestras Hermandades.

¡Señor, ya sé que es mucho lo que Te pido!

Pero yo, que sé que gustas de oírme, en mi constante y larga devoción cofrade, hablándote muy quedo, en mis pocas ratos libres, en que Te cuento mis penas y sinsabores de cada día, para que los conviertas en consuelos y alegrías, estoy seguro de que atenderás mis peticiones, que no son otras que las de los verdaderos cofrades de Granada.

San Mateo que, como los otros tres Evangelistas me ha acompañado, apoyándome en mis anheladas peticiones, nos dice:

**"Al otro día que era el siguiente de la parasceve, reunidos los príncipes de los sacerdotes y los fariseos ante Pilato, le dijeron: Señor, recordamos que este impostor, vivo aún, dijo: Después de tres días resucitaré. Manda, pues, guardar el sepulcro hasta el día tercero, no sea que vengan sus discípulos, le roben y digan al pueblo: Ha resucitado de entre los**

**muerdos. Y será la última impostura peor que la primera. Dijoles Pilato: Ahí tenéis la guardia, id y guardadle como vosotros sabéis. Ellos fueron y pusieron guardia al sepulcro después de haber sellado la piedra"**

*(Evangello según San Mateo, Cap. 27, Vers. 62-66)*

De nada sirvió la poderosa respuesta de los elementos atmosféricos que unieron sus fuerzas para manifestarse al tiempo que Jesús moría en la cruz. Ni en tinieblas, ni los relámpagos, ni los más estruendosos rayos, ni el rasgarse el velo del templo, ni que la tierra temblara.

Nada de esto hizo palidecer la confundida fé de los judíos. Fé es creer lo que no se ve y ni aún viéndolo los judíos creyeron.

Pero Granada sí cree, firmemente, y en el ambiente de la ciudad flota algo como un temblor de angustias.

Un trono de caoba, servirá sin saberlo, de sepulcro para que el cuerpo ya sin vida de la única razón de existir, permanezca inerte, dentro de una urna de concha con coronación de plata, que realizó en el siglo XVII el ensamblador Manuel Valdés, rodeado de los Caballero del Santo Sepulcro.

Las autoridades y representaciones, mezcladas con el pueblo, acompañan al rito más triste y solemne de la Pasión. Al Señor de cielos y tierras que duerme el sueño de muerte, amurallado por cristales, para que ni el aire le despierte, mientras Granada no tiene ya lágrimas para llorar.

¡Quien fuera lirio bien alto, es ahora clavel tronchado!

Y acompañando a Cristo, su Madre, Nuestra Señora de la Soledad del Calvario, de Antonio Barbero, derrumbada al pie de la cruz, con sus divinas manos sobre su pecho dolorido que, con sus ojos puestos en el Cielo, esperando la anunciada Resurrección de su Hijo, parece entablar un diálogo con el Padre Eterno.

Impresionado, aún, por los momentos tan solemnes como tristes que ha vivido Granada, San Lucas nos comunica con alegría el glorioso mensaje de la Resurrección:

**"Pero el primer día de la semana, al rayar el alba, volvieron al sepulcro, llevando los aromas que habían preparado, y encontraron removida del sepulcro la piedra, y, entrando, no hallaron el cuerpo del Señor Jesús. Estando ellas perplejas sobre esto, se les presentaron dos hombres de vestiduras deslumbrantes. Mientras ellas se quedaron aterrorizadas y bajaron la cabeza hacia el suelo, les dijeron: ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí. ¡Ha resucitado!"**

*(Evangello según San Lucas, Cap. 24, Vers. 1-6)*

Y para que se cumpliera lo escrito, Jesús resucitó de entre los muertos. Porque de no haberlo hecho, su estancia entre los hombres, por quienes murió, hubiera sido un fracaso. Y quien sufrió la muerte de cruz, cumplió con lo anunciado: después de dos días, al tercero, resucitó! Y cuando volvió otra vez a presentarse a sus discípulos y a las santas mujeres, todos creyeron ver visiones. Por primera vez y de forma definitiva, aquellos hombres sencillos y aquellas mujeres creyeron que Jesús era el Mesías, el enviado de Dios.

Y en la tarde del Domingo de Pascua, mientras las campanas granadinas, encabezadas por las de la Torre de la Vela, proclaman gozadas a los cielos la alegría de que el Señor ha resucitado, Granada, que ha contemplado día a día, momento a momento, pasaje a pasaje, la Pasión y Muerte de Cristo, y que en todo instante acompañó a su Madre en su dolor, disfruta cuando ve pasar el paso que da nombre a la Cofradía que lo alumbraba, con Jesús pleno de resurrección, con gesto amable y alborozado, dando testimonio glorioso de que se ha cumplido lo prometido en las Escrituras, con su mano derecha alzada en actitud de triunfo, saludando a la ciudad, mientras en su izquierda mantiene una fina cruz sobre la que pende un estandarte blanco, signo de paz y de victoria.

Y Jesús está en todo momento y circunstancia, a la misma hora y desde Regina Mundi, imparte gracias y bendiciones, por la calle Arabial en el Resucitado, de Antonio Barbero Gor, que marcha triunfante y victorioso en su por ahora, corto recorrido.

¡Ay Jesús, lo que hubiera dado por verte en ese místico instante en que surgiste radiante, dejando el sepulcro

vacío para que se llenara de alegre rocío, mientras Tú, Gran Capitán de nuestras almas y de nuestros anhelos, vestido de Mayo, aparecías triunfante como Rey Celestial!

¿Pero donde está María, la Madre del Resucitado?

La Biblia nos habla de que Juan le ofreció su casa. ¿Quizá María, después de ser enterrado su Hijo, se fue a casa de Juan y no volvió al sepulcro al tercer día?

Aunque ninguno de los cuatro evangelistas nos aclara este pormenor, con toda seguridad podemos afirmar que la Virgen, al enterarse de la Resurrección de Jesús se llenaría de gozo, de alegrías compartida. Y la alegría de la Virgen hecha imagen, aparece en la gubia, también, de Miguel Zúñiga, en ese rostro bello, suave y tranquilo de Santa María del Triunfo, que desfile en la tarde del Domingo, proclamando a los cuatro vientos el mensaje triunfal de la Resurrección del Salvador.

Y estoy en estas disquisiciones, finalizando el Pregón, sobre el lugar donde estaría en esos momentos triunfales María Santísima, cuando a mis oídos llega el susurro angustiado del buen capataz de mi Virgen de las Penas, tan querido por Ella y por mí, llamándome la atención porque me he olvidado de la razón de nuestras vidas. Tiene razón, muchísima razón ¡Menudo olvido!

¡Y como estará mi amadísima Virgen de las Penas! Para la que ya apenas si queda en la voz de este pobre pregonero, ni elogio posible, ni posible requiebro, por haber exprimido su mejor repertorio de alabanzas y piropos en otras Advocaciones.

De pronto el Espíritu Santo, acude en mi ayuda y me trae el maravilloso lirismo del mejor poeta que jamás ha cantado a una virgen, el sevillano Antonio Rodríguez Buzón, al que, también se me olvidó decirlo, había saludado en los Cielos.

*¿Quién puede olvidarse de Ti  
Madre mía de las Penas?*

*¿Quién puede olvidarse de Ti,  
Flor de la Gracia Divina,  
en delicada temura  
ni en infinita realeza?*

*¿Quién puede olvidarse de Ti,  
Belleza de las bellezas,  
Sol entre todos los Soles  
y Crisol de la pureza?*

*¿Quién puede olvidarse de Ti,  
Estrella de las estrellas,  
Clavel de toda hermosura,  
Inmaculada Azucena,  
Canción de arpegios celestes,  
Rosa herida por las Penas,  
Fuente de Misericordia,  
Perfil en gloriosa espera,  
Consuelo en todo dolor,  
Ritmo de azules promesas,  
Bandera de la alegría,  
Jazmín de toda clemencia,  
Primor de todo primor,  
Faro de orillas eternas,  
Esencia de la dulzura,  
Lago de quietud suprema,  
Caricia en la amanecida,  
Rostro de nardo y raso seda,*

*Sueño del Dios infinito,  
Princesa de las princesas,  
Virgen de todas las Virgenes,  
que en el mundo se veneran,  
Tesoro de los tesoros,  
Brisa de la primavera,  
Madre de toda Granada  
y sublime Jardínera,  
a quien los coros angélicos  
aclaman en sus cadencias ?*

*¿Quién puede olvidarse de Ti  
Madre mía de las Penas?*

*¿Quién puede olvidarse de Ti,  
Manantial de agua serena,  
Refugio de nuestros males,  
Visión de toda ceguera,  
Suspiro de los suspiros,  
Fulgor de gloriosa hoguera,  
Mensaje de amor divino,  
Espejo de la inocencia,  
Candor de todo candor,  
Brújula de su Paciencia,  
Generalife hecho Flor,  
Alhambra de gentilezas,  
Norte de nuestros sentidos,  
Fragancia de nuestra senda,  
Cofre de la misma Gracia,  
donde tu llanto se encierra,  
y entre las joyas benditas*

la más bendita y excelsa?

*¿Quién puede olvidarse de Ti?  
¡Nadie! Y tu gracia suprema,  
es la Canción descendida  
desde el Cielo hasta la tierra,  
que Granada en su rosal  
porque no se repitiera,  
rosa que se te igualara  
ni a bonita ni a morena  
le injertó Tu condición  
de sublime nazarena,  
y brotó de su ramaje  
una clara primavera,  
entre ecos florecidos  
tu Nombre hecho saeta,  
que se extendió por el aire  
desde Granada a la Sierra,  
igual que un Ave María  
que otro arcángel compusiera,  
como oración granaina  
de la gracia mensajera,  
ya que su puro sonido,  
anula toda frontera,  
y el corazón se estremece  
y el alma de luz se llena,  
tan solo al oír el nombre  
de la Reina de las reinas  
la Virgen de San Matías  
¡La Señora de las Penas!*

Y cuando me despido de los cuatro Evangelistas, ocasionales pregoneros pasionales, que vuelven al recinto celestial, ¡la noche seguirá oliendo a incienso y a devoción! Y el cáliz del amor se llenará de Granada.

Francisco Gómez Montalvo